

J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *En diálogo con el Señor. Textos de la predicación oral*, Edición crítico-histórica preparada por L. CANO y F. CASTELLS, Rialp, Madrid 2017, pp. 460.

EN diálogo con el Señor da acceso al público en general a veinticinco escritos de san Josemaría Escrivá de Balaguer que hasta ese momento se habían difundido sólo entre los miembros del Opus Dei. Se trata de textos –meditaciones predicadas o consideraciones expuestas durante reuniones de familia– que datan de épocas muy diversas –el más antiguo está fechado el 21 de noviembre de 1954; el más reciente, el 27 de marzo de 1975–, pero revisados todos ellos por su autor a finales de los años sesenta o comienzos de los setenta.

La obra se inicia con un amplia introducción dividida en tres partes: rasgos generales de la predicación de san Josemaría (nn. 1 a 5; pp. 4-47); génesis y contenidos de *En diálogo con el Señor* (nn. 6 y 7; pp. 49-81); características de la edición que se realiza (nn. 8 y 9; pp. 83-94). Los nn. 1 a 6 han sido elaborados por Francesc Castells; los nn. 7 a 9 por Luis Cano; ambos han contado con la colaboración de José Antonio Loarte, que desde hace ya varias décadas se ocupa de conservar y catalogar la predicación de san Josemaría. A continuación viene la parte central de la obra: los textos de san Josemaría, precedidos cada uno de ellos por una breve introducción (4 ó 5 páginas), y acompañados de notas, en las que también se ha tendido a la brevedad. Completan el libro unos índices de citas de la Escritura, de nombres y de materias, y una excelente selección bibliográfica.

La publicación de *En diálogo con el Señor* no sólo enriquece con un nuevo volumen la colección de las obras completas del fundador del Opus Dei que dirige el Instituto Histórico san Josemaría Escrivá de Balaguer, sino que marca un hito en la historia de esa colección. Los volúmenes editados con anterioridad (*Camino, Santo Rosario, La abadesa de las Huelgas, Conversaciones, Es Cristo que pasa*) versan sobre obras publicadas en vida de san Josemaría. Ofrecen un texto críticamente seguro, acompañado de notas que sitúan históricamente los textos o glosan su contenido; aportan, pues, datos y luces que ayudan a profundizar en la lectura, pero los libros en cuanto tales eran ya, todos ellos, ampliamente conocidos. Con *En diálogo con el Señor* se da un paso delante de singular importancia: se inicia, en efecto, la publicación de inéditos.

La revisión que, en los años sesenta y setenta, realizó san Josemaría dejó esos textos listos para ser publicados; de hecho lo fueron, aunque en ediciones cuya difusión se limitó a los fieles del Opus Dei. Quedaba así pendiente un paso de singular importancia: proceder a una edición comercial, dirigida a todo el que

quisiera leerla. El presente volumen, que se inicia con un prólogo fechado por el entonces Prelado del Opus Dei, mons. Javier Echevarría, el 6 de octubre de 2016, da ese paso. Y abre una puerta, que la comisión coordinadora de las Obras Completas espera que sea atravesada pronto, a media que vayan completándose los trabajos de investigación científica, por otros volúmenes, colocando así en manos de los estudiosos y del público en general la extensa e importante producción teológico-espiritual del fundador del Opus Dei.

Desde su ordenación sacerdotal en 1925, y especialmente a partir de la fundación del Opus Dei en 1928, una de las “pasiones dominantes” (son palabras suyas) de san Josemaría fue la predicación. Una predicación viva, que aspiró siempre a suscitar en sus oyentes la conciencia de la cercanía de Dios, el sentido de la filiación divina, el amor a Cristo y el deseo de identificarse con Él, la devoción filial a María Santísima, la docilidad a la acción del Espíritu Santo. De una parte significativa de esa predicación se conversan los guiones y notas de los que se servía, y también apuntes que tomaron los oyentes o, posteriormente, grabaciones.

En los últimos años de su vida –en las décadas de 1960 y 1970– san Josemaría consideró que, sin disminuir su entrega a la predicación, y en general a cuanto requerían su misión sacerdotal y su carácter de fundador, era llegado el momento de dedicar una parte de su tiempo a rematar la tarea de poner escrito la realidad de su mensaje. Acudió con ese fin al rico material que se conservaba, para proceder a revisarlo y completarlo, dando lugar a libros destinados a la publicación, ya en su vida o después de su fallecimiento, según los casos. Ese es el origen, entre otras obras, de las homilías que integran *Es Cristo que pasa* y *Amigos de Dios*, y de los textos que componen *En diálogo con el Señor*.

Los tres libros recién citados tienen un rasgo en común: son, como dice el subtítulo del que comentamos, “textos de la predicación oral”, meditaciones o charlas revisadas y completadas con vistas a su publicación escrita. Hay, sin embargo, diferencias grandes entre las dos primeras obras y la tercera. En *Es Cristo que pasa* y en *Amigos de Dios*, san Josemaría se basó en textos de su predicación oral y en notas y apuntes que conservaba, pero ese material fue considerado, de algún modo, como un punto de partida. Es decir, su autor amplió y desarrolló los textos conservados, los completó con nuevas consideraciones y los enriqueció con citas de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia. Al preparar para su publicación las meditaciones que integran *En diálogo con el Señor* se limitó, en cambio, a revisar los textos y a perfeccionarlos en algún detalle, como requiere el paso de lo hablado a la escrito, pero manteniendo su textura original. Nos sitúan por tanto, muy derechamente, ante el estilo y el tono de la predicación de san Josemaría. Faltan, ciertamente, la entonación de la voz y el gesto que acompañó a las palabras, pero, aun siendo así, permiten no sólo adivinar, sino percibir de algún modo la vibración original. Y advertir, especialmente en los predicados en

la década de 1970, el eco que suscitaban en su alma las tensiones que, en aquel tiempo, agitaban a la Iglesia

En total *En diálogo con el Señor* comprende, como ya dijimos, veinticinco textos; tres predicados en la década de 1950; diez, en la de 1960, y doce, en la de 1970. En su primera publicación –la destinada a los fieles del Opus Dei mediante su aparición en *Crónica* y en *Noticias*– san Josemaría no procedió siguiendo un plan temático fijado a priori, sino que fue revisando y completando los textos sin un orden preconcebido. Los autores de la edición crítico-histórica, al considerar la estructura del libro, desecharon, en consecuencia, la idea de publicar los textos siguiendo el orden con que fueron publicados en *Crónica* y en *Noticias*; así como, también con buen criterio, la de intentar una ordenación sistemática, que hubiera forzado la realidad histórica. Optaron, en consecuencia, por estructurar el libro ordenando los textos según la fecha de su predicación. Comienza, pues, con el texto más antiguo, que fue predicado, como ya señalamos, en noviembre de 1954, para concluir con dos predicados en marzo de 1975, sólo tres meses antes del fallecimiento de su autor.

Esa estructura no hace, sin embargo, que el libro sea una recopilación de textos carente de unidad. Esa unidad existe, pero deriva no de un esquema, sino de la fuerza interior que anima a la totalidad de las meditaciones, como pone de relieve uno de los apartados de la introducción (pp. 61 a 82), cuya lectura recomiendo. Por nuestra parte podemos limitarnos a evocar lo dicho en esas páginas subrayando algunos puntos: el valor cristiano de la existencia secular y del vivir ordinario; la unidad de vida; el acceso a Cristo en la palabra (la meditación de su vida) y en el Pan (la Eucaristía); la conciencia viva del amor paterno y materno que Dios nos tiene; la caridad operativa y fraterna, signo de la autenticidad de la fe que se profesa; el espíritu de oración, buscando la unión con Dios también a través del acontecer diario; la docilidad al Espíritu Santo; la humildad y la disposición a recomenzar.

En diálogo con el Señor no aspira a mostrar la totalidad del espíritu del Opus Dei, y, menos aún, a exponer la plenitud de la fe cristiana, pero ofrece un acceso vivo a aspectos claves del mensaje que San Josemaría predicó a lo largo de toda su existencia: la llamada universal a la santidad. Dicho más concreta e incisivamente: la realidad de un Dios que ama al hombre, y que invita a todo hombre –varón o mujer– a acoger ese amor y a corresponder a él en todo momento y en toda situación, también las más ordinarias y sencillas. No está por eso fuera de lugar que terminemos esta reseña citando un pasaje de la última de las meditaciones publicadas, la predicada el 27 de marzo de 1975, que, al tener un fuerte sabor autobiográfico y estar dotada, a la vez, de singular hondura espiritual y teológica, resume bien no, ciertamente, el contenido del libro, pero sí el talante vital y el vigor humano y cristiano que lo unifican y le dan sentido: “Hemos de estar –y

tengo conciencia de habérselo dicho muchas veces– en el Cielo y en la tierra, siempre. No *entre* el Cielo y la tierra, porque somos del mundo. ¡En el mundo y en el Paraíso a la vez! Esta sería como la formula para expresar como hemos de componer nuestra vida, mientras estemos *in hoc saeculo*. En el Cielo y en la tierra, endiosados; pero sabiendo que somos del mundo y que somos tierra, con la fragilidad propia de lo que es tierra: un cacharro de barro que el Señor ha querido aprovechar para su servicio” (pp. 422-423).

J.L. ILLANES

E. ATZORI (a cura di), *Inventari e censimento delle fonti archivistiche degli Agostiniani in Toscana*, Nerbini International, Centro Culturale Agostiniano (Subsidia Agustina Italica, II.8, Fonti per lo studio dell’Ordine agostiniano in Italia), Lugano 2018, pp. 792.

COME è noto, l’Ordine agostiniano è una delle istituzioni religiose più rilevanti nella Penisola italiana. Solo nel territorio toscano le diverse fondazioni e conventi hanno oltre otto secoli di storia e il presente volume vuole essere un sussidio per la ricerca dell’Ordine in quella regione. È stato curato da Emanuele Atzori, un archivista che da dodici anni collabora con istituti e congregazioni religiose sia maschili che femminili, il quale ha supervisionato un team di esperti archivisti che hanno lavorato alle diverse parti di cui si compone il testo.

L’articolazione di quest’opera, infatti, segue le consuete linee didattico-scientifiche dei lavori di questo tipo. Il volume, infatti, si apre con un’introduzione storico-istituzionale (pp. 21-64), scritta da Atzori, volta a dare ragione del contesto storico in cui è sorto e si è poi sviluppato l’Ordine agostiniano, cui segue un’introduzione archivistica (pp. 67-74) di Danilla Dottarelli e Monica Ceccariglia, che spiega in che maniera si sia venuta raccogliendo la documentazione all’interno dell’Archivio storico della Provincia agostiniana d’Italia. Fino al 1996, infatti, nel territorio italiano esistevano sette province agostiniane (Ligure, Marchigiana, Napoletana, Romana, Siciliana, Toscana e Umbra) che vennero riunite nell’attuale Provincia agostiniana d’Italia. All’unione corrispose anche la creazione di un unico archivio provinciale, in cui cominciò ad affluire il materiale documentario prima conservato nei diversi archivi provinciali. Data la mole di documentazione, fu scelta come sede il convento della SS.ma Trinità di Viterbo, unico luogo che offriva spazio sufficiente a conservare tutti gli archivi da raccogliere. Il volume, come si è detto, prende in esame la documentazione proveniente dalla Provincia Toscana.

Seguono quindi le due grandi sezioni di descrizione archivistica. Nella prima parte sono pubblicati gli inventari di tutti i fondi archivistici appartenuti alla ex Provincia Toscana e oggi raccolti presso l'archivio provinciale a Viterbo (pp. 75-577). Le schede, curate da Danila Dottarelli e Monica Ceccariglia, offrono una descrizione analitica degli oltre quaranta complessi documentari prodotti da conventi, parrocchie e confraternite appartenenti (o gestiti) dall'Ordine agostiniano in Toscana. A questi si aggiungono gli archivi personali di alcuni agostiniani della medesima regione, che si sono distinti nell'ambito della pastorale e degli studi sull'Ordine.

La seconda parte, invece, offre un censimento di tutte le fonti agostiniane rinvenute negli Archivi di Stato, negli archivi diocesani e comunali e nelle biblioteche storiche della Toscana (pp. 581-689). Questa ricerca, condotta da Marisa Falcone, porta finalmente a compimento quanto auspicato da P. Benigno Van Luijk, OSA, il quale, negli anni '90 dello scorso secolo, tentò – senza però completarlo – un censimento delle fonti agostiniane conservate nei diversi Archivi di Stato della Penisola. Chiude il volume una sezione di appendici, tra cui si segnalano le carte geografiche (pp. 693-722) che mostrano la collocazione dei conventi agostiniani in Toscana (curate da Gabriele Atzori), e un importante apparato di indici delle fonti archivistiche e dei nomi di persona, luogo ed ente citati nel volume (pp. 739-788), curato da Emanuele Atzori.

Nonostante la mole – il volume si compone di quasi 800 pagine –, l'opera non si pone come un punto di arrivo: piuttosto aspira ad essere uno stimolo a nuove ricerche sugli Agostiniani in Toscana, offrendo agli studiosi un quadro analitico e il più possibile completo delle fonti documentarie attualmente disponibili negli archivi dell'Ordine e di altri istituti di conservazione. A nostro parere, si tratta di un esempio di lavoro eccellente, frutto di un'attività di ricerca ben coordinata, che mostra la complessità dei processi storici e la necessità di valorizzare nella ricerca non soltanto delle opere edite ma anche del materiale manoscritto, adesso più facilmente reperibile e consultabile.

L. MARTÍNEZ FERRER

L.M. BARRAZA ARANDA, *La didaskalia paulina en la perspectiva de la unidad e integridad de la Carta a los Filipenses. Un análisis retórico-literario*, Instituto Lumen Sapientiae, Sao Paulo 2017, pp. 354.

IL volume propone il testo integrale della tesi difesa dall'autore presso la Pontificia Università San Tommaso d'Aquino – *Angelicum* di Roma nel maggio 2014.

Nell'*Introduzione* Barraza Aranda indica la finalità dello studio: «Su objetivo es aportar nuevos antecedentes y pruebas para demostrar la integridad de este texto paulino; contestada por los académicos favorables a la llamada hipótesis fragmentaria o redaccional de cartas» (p. 2). Partendo dalla problematica della composizione, l'autore si prefigge di rileggere in prospettiva unitaria e organica l'intreccio epistolare della missiva. Sappiamo come questo punto della ricerca è tuttora oggetto di dibattito. Infatti secondo diversi commentatori la forma attuale della lettera sarebbe da ricondurre all'opera di un compilatore finale, che avrebbe armonizzato due o tre distinte lettere paoline pre-canoniche. Per Barraza tale ipotesi va ripensata, poiché essa non tiene conto del ruolo «carismatico» di Paolo come maestro (*didákalos*) nel suo dialogo epistolare con i Filippesi (aspetto retorico, didattico e persuasivo della lettera) e della peculiarità dottrinale dello scritto, soprattutto riguardo al tema teologico del «popolo di Israele» (cfr. il *background* della LXX) e alle sue risonanze nel pensiero di Paolo. La proposta di Barraza si basa su tre presupposti: a) l'approfondimento di alcuni ricorsi letterari di genere didattico, finalizzati a facilitare la connotazione pragmatica del messaggio di Paolo; b) una visione «nuova» del messaggio epistolare contrassegnato dall'influenza della Bibbia greca (LXX) sull'elaborazione del contenuto dottrinale paolino; c) la relazione con alcune posizioni filosofiche del tempo, soprattutto con lo stoicismo. Il lavoro si articola in cinque capitoli preceduti da un Preambolo (pp. 9-21) nel quale si sintetizzano le proposte di articolazione di Filippesi secondo una doppia classificazione: a) il modello epistolare (cfr. J. Reumann; R. S. Ascough, J.-N. Aletti); b) il modello retorico o discorsivo (cfr. D. F. Watson, B. Witherington III, D. A. Black, R. Brucker). L'autore ritiene di individuare una chiave interpretativa della lettera, a partire dalla valenza didattico-magisteriale significata nei quattro verbi «imparare / ricevere / ascoltare / vedere» che conducono all'imitazione di Paolo-maestro, così come è riassunto nell'ammonizione di Fil 4,9: «Le cose che avete imparato, ricevuto, ascoltato e veduto in me, mettetele in pratica». Pur riconoscendo che manca nella lettera il binomio *didaskalia* / *didákalos*, Barraza interpreta l'insegnamento che Paolo come una grande «didascalia» collegata intimamente alla prassi dottrinale (cfr. pp. 20-21). Il Capitolo I: «El marco 1,1-2+1,3-11y 4,10-20+4,21-23 de la Carta a los Filipenses» (pp. 23-68) riassume il dibattito sul modello redazionale che caratterizza la composizione della missiva. Si mettono in luce le connessioni tra Fil 1,1-3 e 4,10-23, evidenziando la funzione pedagogica dello scritto paolino in riferimento alla sapienza e alla attestazione dei modelli da imitare (*mímesis*, *týpos* e i «pensieri elevati»). Il Capitolo II: «El arte de explicar vicios y virtudes ne tipos humanos» (pp. 59-100) si concentra su tre unità (Fil 1,12-26; 1,27-30; 2,1-18), mostrando lo sviluppo argomentativo dei testi, finalizzati a creare un cambiamento interiore che corrisponde al sentire comune dei credenti (*phroneín*). La dimensione cristologica della sezione si coniu-

ga con quella escatologica, confermando la sostanziale unità e coerenza interna dell'argomentazione paolina. Su questa base l'autore fa seguire un *Excursus* in cui dichiara inverosimile l'ipotesi frammentaria delle cosiddette «lettere B e C» (pp. 101-112). Il Capitolo III: «Las cohesión 3,1a + 3,1b+3,2-3; la periautologia, los *typos* y *anti-typos* del discípulo de Cristo» (pp. 113-154) affronta il testo più complesso della lettera e specificamente la nota discontinuità in 3,1-3, con il conseguente sviluppo basato sul contrasto tra l'esempio (*týpos*) paolino e l'*anti-týpos* del discepolo di Cristo. Il nostro autore ritiene che l'espressione *tó loipòn adelphoì* (3,1a) non rappresenterebbe una *clausula epistulae*, ma è solo una transizione che introduce la successiva periautologia cristocentrica (3,4-16). La genialità retorica di Paolo è massimamente espressa in questa sezione. Essa fa emergere la figura archetipa dell'Apostolo, punto di riferimento della comunità ecclesiale, che si contrappone alla figura degli avversari definiti «cani, cattivi operai che impongono la circoncisione» (3,2). Il Capitolo IV: «Los nexos temáticos entre Flp 4, (1) 2-3; Flp 4,4-7 y Flp 1,1-3a+3,1b+3,2-21» (pp. 155-208) approfondisce l'analisi della successiva sezione, anch'essa caratterizzata da un complesso dibattito letterario. Barraza addita questa sezione come un'esemplare testimonianza dell'insegnamento (*didaskalia*) paolino. Dopo aver esaminato la funzione retorica, letteraria e sintattica di Fil 4,1, viene studiata la struttura di 4,2-9 e vengono approfonditi quattro principali temi che l'Apostolo elabora nella sua abile costruzione retorica: la gioia cristiana e la dimensione escatologica, il collegamento tematico con il Sal 34^{LXX}, l'esortazione a non cadere in un'angoscia depressiva e la doppia metafora sportiva. Nel Capitolo V: «Una didáctica *sui generis* para crecer en el amor de Dios, una nueva escuela de santificación» (pp. 209-270) si analizzano gli aspetti riguardanti la didattica paolina circa la formazione morale dei credenti. Secondo Barraza si tratta di una didattica *sui generis*, che attingerebbe sia alla tradizione giudaica (cfr. *Testamento dei Dodici Patriarchi*; *Testamento di Mosè*) che a quella filosofica d'influsso stoico (cfr. il binomio *areté / épainos*). Nella Conclusione Generale (pp. 271-284) si ribadisce l'importanza della pedagogia paolina quale aspetto nevralgico dell'intera missiva. Il funzionamento delle figure retoriche, le connessioni con l'Antico Testamento (nella versione LXX: Proverbi; Salmi; Isaia), la letteratura giudaica e l'influsso stoico inducono a formulare nuove proposte circa l'integrità della lettera e contro il modello della frammentazione. Emerge dall'analisi un'interpretazione maggiormente «storicizzata» di Paolo, della sua missione e del suo pensiero. Il volume si compone di un'ampia Bibliografia finale (pp. 295-316) ed è arricchito dagli Indici degli autori (pp. 317-322) e delle citazioni (pp. 323-345). L'autore ha dimostrato non solo una conoscenza delle problematiche sincroniche del testo di Filippesi, ma anche una profonda attenzione al suo sviluppo diacronico. L'uso prudente e rispettoso dei metodi impiegati (storico-critico, retorico, epistolografico) conferma la qualità positiva dei procedimenti

esegetici posti in atto. Tuttavia la naturale impostazione scolastica dello studio avrebbe richiesto una conseguente equilibrata riflessione teologica, da completare in un nuovo capitolo. Permane il dubbio che l'adozione del concetto paolino di *didaskalia* come chiave ermeneutica del processo unificatore della lettera, rimanga un elemento estrinseco alla missiva e alla sua peculiarità teologica.

G. DE VIRGILIO

L. BASSETTI, *La lettera e lo spirito. Storia dell'ermeneutica cristiana delle Scritture*, Il Pozzo di Giacobbe, Trapani 2016, pp. 433.

IN questo volume Luca Bassetti, docente di materie bibliche presso l'ISSR di Pisa e lo Studio Teologico Interdiocesano di Camaiore, nonché parroco a S. Concordio in Contrada (Lucca), sviluppa una storia dell'ermeneutica biblica cristiana incentrata sul binomio lettera-spirito. Più concretamente, il tema svolto è «come leggere da credenti nel Signore Gesù le Scritture Sante» nel contesto odierno (p. 11). Lo studio, perciò, si sviluppa in una prospettiva decisamente biblico-teologica finalizzata ad illustrare come, ai nostri giorni, lo studioso credente dovrebbe accostarsi alla Scrittura dal momento che egli appartiene a una lunga e variegata ma specifica tradizione ecclesiale; incorporato, quindi, in una realtà incentrata in Cristo Crocifisso e Risorto.

Il tema risulta tanto più rilevante in quanto, come afferma l'autore, fin dall'epoca moderna «ciò che era distinto», cioè la “lettera” e lo “spirito”, «si è separato e le operazioni sulla lettera hanno perduto la loro intenzionalità all'intelligenza dello spirito in modo apparentemente irrimediabile» (controcopertina). Lo studioso si chiede, conseguentemente, come si possa elaborare oggi un'esegesi che, pur attenta ai moderni strumenti interpretativi, sia capace di approfondire il mistero di salvezza insito nella Scrittura, testo che la Chiesa considera divinamente ispirato. Proponendosi di dare una risposta valida a questo interrogativo, Bassetti cerca di ripercorrere il pensiero biblico-cristiano relativo alla correlazione lettera-spirito a partire dagli antichi Padri e scrittori ecclesiastici e fino alla sintesi elaborata in diversi momenti dal più recente magistero biblico ecclesiastico, assumendo come invito programmatico la nota espressione leonina: «*vetera novis augere et perficere*» (Leone XIII, *Aeterni Patris*, ASS 12 [1879] 111), che si potrebbe tradurre: “accrescere e migliorare le cose nuove tenendo sempre presente la prospettiva delle verità antiche”.

Oltre all'Introduzione e alle Conclusioni, il volume comprende nove capitoli, ognuno dei quali suddiviso in diverse sezioni. Il “percorso” si apre con uno

sguardo sull'ermeneutica biblica moderna e contemporanea (pp. 17-38), sui suoi metodi e sugli strumenti adoperati nell'interpretazione del testo biblico, ponendo l'accento sul paradosso che, secondo l'autore, si è venuto a creare oggi: un conflitto di metodi accanto a un inconsapevole desiderio di unità; una ricerca fondata sulla ragione che talvolta è giunta al nichilismo del senso, con la conseguente scissione tra un'esegesi ritenuta scientifica e la lettura credente, o, in altri termini, tra i metodi dell'esegesi critica e le vie dell'ermeneutica teologico-spirituale. Lo studioso esamina in questo senso, brevemente ma ponderatamente, alcune delle più recenti e note teologie bibliche (in particolare, quelle di Brevard S. Childs, James A. Sanders, Paul Beauchamp, Walter Brueggemann e Paul Ricoeur), evidenziando i loro pregi e i loro limiti e, quindi, il loro valore ermeneutico, concludendo che «il dualismo tra esegesi scientifica e lettura credente ha [...] accompagnato il tragitto dell'ermeneutica contemporanea, che ha cercato, a suo modo, risposta al problema di una lettura scissa delle Scritture. Tale ricerca è stata tuttavia più il frutto di un'intenzionalità segreta che non l'esito di una volontà esplicita e tematizzata, capace di elaborare un'epistemologia adeguata in cui il logos della fede potesse dialogare in modo corretto e fecondo col discorso della ragione» (pp. 37-38).

A questo primo capitolo segue un denso studio sul significato del binomio lettera-spirito nel contesto di ogni atto ermeneutico (pp. 39-106). Se nella prima parte si prende in esame la polarità linguistica “codice-evento” e “soggetto-codice” nei fautori dell'ermeneutica moderno-contemporanea (studio incentrato soprattutto sulle figure di Friedrich Schleiermacher, Wilhelm Dilthey, Martin Heidegger e Hans-Georg Gadamer, per poi passare alla più «equilibrata sintesi» di Paul Ricoeur), nella seconda si apre una “spirale” diversa. Bassetti cerca infatti di mostrare come, grazie all'eredità ricevuta sin dalla Grecia presocratica e soprattutto dal pensiero platonico-aristotelico, si sia introdotta nel binomio lettera-spirito una dinamica che, penetrando nel pensiero giudaico-cristiano, ha avuto una sua precisa manifestazione nella testimonianza biblica, portando con sé anche la dimensione della conversione. In questo senso, una buona sintesi del capitolo sembra racchiudersi nelle sue parole conclusive: «*Lettera e spirito* si danno sempre insieme, polarità insopprimibile di ogni autentica comunicazione, anche del parlare di Dio agli uomini, per mezzo di uomini, alla maniera umana. La loro distinzione fonda la necessità dell'atto ermeneutico [...]. Il progresso ermeneutico procede, di fede in fede, anche attraverso la conversione morale del soggetto, che accetta di far spazio, anche esistenzialmente, ai modelli di esistenza veicolati dal testo [...]. Ogni autentico cammino ermeneutico attraverso il testo biblico muove dunque da una *conversione teologale*, progredisce attraverso l'esperienza della *conversione morale* e approda alla *conversione mentale*, che riformula radicalmente pensieri e categorie di giudizio. Tale profonda mutazione è operata incessantemente dall'amore di Dio, in concomitanza al suo rivelarsi attraverso il testo, quale spirito nella

lettera, grazie all'atto libero con cui il soggetto risponde all'appello e corrisponde all'amore, nella disponibilità a lasciarsi convertire e trasformare» (pp. 105-106). Sfortunatamente, aggiunge Bassetti, «quanto l'esegesi antica e medievale ben conosceva e praticava, in modo più connaturale che riflesso e tematizzato, l'età moderna sembra averlo progressivamente obliato, sino ai nostri giorni, separando la pratica esegetico-scientifica dal vissuto ecclesiale e dalle esigenze della fede, con la sua energia di trasformazione e conversione, alla quale soltanto è in grado di aprirsi l'intelligenza autentica della realtà testimoniata dal testo biblico» (p. 106).

Come si può notare, questi due primi capitoli, analizzando essenzialmente il cammino compiuto dall'ermeneutica fino ai nostri giorni e non specificamente l'esegesi dei testi, si disinteressano della storia delle elaborazioni bibliche propriamente dette. A partire dal terzo capitolo l'autore comincia a delineare il percorso storico-biblico-ermeneutico del rapporto tra lettera e spirito fin dall'inizio dell'epoca patristica, concludendo il suo studio con uno sguardo d'insieme ricapitolativo e prospettico. Gli argomenti trattati sono essenzialmente: l'origine della dualità di senso letterale e spirituale (il fondamento neotestamentario, l'impronta spirituale della scuola alessandrina e quella letterale degli antiocheni, il prevalere del senso spirituale); i diversi approcci della tradizione occidentale (Ambrogio, Girolamo, Ticonio, Agostino, il pensiero gnostico-sapienziale); la continuità e sistemazione teorica nella *Lectio monastica* (Giovanni Cassiano, Gregorio Magno, l'eredità gregoriana, Bernardo di Chiaravalle, Guglielmo di St. Thierry); il recupero della *lettera* nei fautori del ritorno alla primitiva essenza dell'insegnamento evangelico e nella scolastica (il radicalismo evangelico di Francesco d'Assisi, Ugo di San Vittore, l'impatto della metafisica aristotelica e platonica, Bonaventura e Tommaso d'Aquino); la scissione tra *lettera* e *spirito* nella modernità (la Riforma e la frattura operata dal razionalismo); l'impegno per la ricomposizione promosso dal magistero ecclesiastico. Segue, infine, una sintesi in cui l'autore riporta i bilanci e le prospettive dei diversi percorsi ermeneutici relativi al binomio in esame. Chiudono il volume l'elenco delle fonti adoperate, una copiosissima bibliografia e l'indice dei nomi.

Se i Padri e i teologi di cui Bassetti ha delineato il pensiero sono essenzialmente quelli che abbiamo ricordato, nell'ambito della Riforma la riflessione si è soffermata soltanto su Martin Lutero, in quanto iniziatore di una riforma (quella protestante) che ha creato una profonda frattura nel pensiero biblico-teologico moderno. Subito dopo, come si evince dai titoli dei capitoli sopra elencati, Bassetti passa a parlare del tentativo di ricomposizione attuato dal magistero ecclesiale, soprattutto mediante gli insegnamenti contenuti nelle grandi encicliche bibliche di Leone XIII (*Providentissimus Deus*, 18.XI.1893), Benedetto XV (*Spiritus Paraclitus*, 15.IX.1920) e Pio XII (*Divino afflante Spiritu*, 30.IX.1943), fino a giungere alla Costituzione dogmatica *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II (18.XI.1965) e al

documento della Pontificia Commissione Biblica (PCB), *L'interpretazione della Bibbia nella Chiesa* (15.IV.1993). Va detto che, senza una esplicita motivazione, l'autore omette i diversi altri documenti più recenti della PCB e riserva scarsa attenzione al magistero biblico di Giovanni Paolo II (si pensi, in particolare, al suo programmatico *Discorso sull'Interpretazione della Bibbia nella Chiesa*, del 23 aprile 1993) e a quello di Benedetto XVI. Il quale, indubbiamente, ha offerto una rinnovata prospettiva agli studi biblici con l'Esortazione apostolica postsinodale *Verbum Domini* sulla Parola di Dio nella vita e nella missione della Chiesa (30.IX.2010).

Sulla base di quanto detto, per meglio comprendere il significato dell'opera occorre rilevare che Bassetti non sembra aver voluto elaborare propriamente una storia dell'esegesi, ma piuttosto, come indica anche il titolo del volume, descrivere le variazioni del rapporto tra "lettera" e "spirito" (nato con l'esegesi dei primi Padri e scrittori ecclesiastici, come abbiamo detto, e oggetto di una grave frattura ad opera della Riforma protestante), con l'intento di offrire qualche indicazione orientativa sul modo in cui oggi dovrebbe essere impostata la corretta interpretazione biblica nell'ambito della fede. Come costanti della tradizione cristiana l'autore indica: *a)* la continuità fra *lettera* e *spirito*, in quanto «passare dalla *lettera* allo *spirito* significa [...] sperimentare la conversione a Cristo Signore, quale esperienza teologale, contatto esistenziale con la *res Scripturae*» (p. 362); *b)* la non separazione dell'«intelligenza ermeneutica [né] da una comprensione del movimento della storia, né dal flusso dell'esperienza spirituale personale» (p. 363); *c)* la necessità di superare la "lettera", sia con la "tipologia", che tende verso una crescente densità cristologica, sia con l'"allegoria", che indica l'approdo della "lettera" nella dimensione teologico-concettuale o spirituale-morale; *d)* l'effettività del trinomio *tropologia-allegoria-anagogia*, che, secondo l'ordine seguito nei primi due elementi (*tropologia-allegoria* oppure *allegoria-tropologia*), esprime sia l'elevazione spirituale del singolo previa alla contemplazione della realtà della fede e della vita eterna, sia la fundamentalità della grazia come fonte della conversione e del cambiamento che orienta ogni atto al fine ultimo dell'uomo; *e)* la profonda unità cristologica della Scrittura, orientativa del processo interpretativo in tutte le sue fasi; *f)* la necessità di un contatto preliminare dell'interprete con la *res Scripturae* (contenuto teologico-spirituale) perché possa riconoscerla nella lettera del testo e, quindi (andando molto al di là di una "precomprensione", come viene chiamata abitualmente dagli esegeti e dai teologi odierni), cercare una «reale previa partecipazione alla *res* attestata nella *lettera*» (p. 365); *g)* il convincimento che ogni autentica interpretazione teologica della Scrittura debba avere un approdo realmente cristologico; *h)* la consapevolezza che *lettera* e *spirito* costituiscono un binomio «irriducibile per la tradizione ermeneutica cristiana, che ha cercato

di rifuggire tanto ermeneutiche carismaticamente monofisite quanto tecnicismi fiduciosamente nestoriani» (p. 366).

Sebbene questi principi, in diversi modi, emergano chiaramente nei testi magisteriali, nella conclusione l'autore parla di quella che definisce la «ricerca di una terza via» (pp. 379ss). Dal momento, egli afferma, che «il delicato equilibrio costantemente ricercato nella tradizione ermeneutica [ha] finito per saltare con la rivoluzione culturale razionalistica e antropocentrica dell'epoca moderna» (p. 383), esisterebbe oggi una urgente necessità di chiarificazione, che non ha ancora trovato una risposta adeguata. Il fideismo (o lo spiritualismo), che rinuncia in partenza all'ausilio dell'argomentazione razionale, e il razionalismo, che investe l'elaborazione teologica e la prassi biblico-ermeneutica (cfr. p. 384), sono, afferma l'autore, risposte inadeguate. Dovendole scartare, egli propone una terza via (senza offrire, tuttavia, i necessari chiarimenti), esposta sotto forma di esortazione alla fine del volume, che si chiude con le seguenti parole: «Il percorso compiuto, più che indicare soluzioni in merito a questioni così complesse, ha cercato di far emergere le costanti della tradizione come invito a superare l'impasse ermeneutico della modernità mediante l'adozione di un paradigma ermeneutico integrato, capace di assumere il cuore stesso della sua impostazione epistemologica e metodologica, la realtà fondante della conversione e della sua oggettivazione, quale garanzia all'unità distinta e non sovrapposta delle due dimensioni della *lettera* e dello *spirito*, realtà correlate in reciproco rimando, *ossimoro teologico* analogo alla umano-divinità del Verbo incarnato» (p. 386). A noi sembra, però, di poter rinvenire in proposte come quelle offerte dalla Costituzione dogmatica *Dei Verbum* (11-13), dall'Esortazione apostolica *Verbum Domini* (soprattutto nella prima parte, nn. 29-49), e da documenti come *L'interpretazione della Bibbia nella Chiesa* (in particolare la parte III: «Le dimensioni caratteristiche dell'interpretazione cattolica») risposte sufficientemente precise e valide su come tornare al significato originario, e ora rinnovato, dell'antico e attuale binomio *lettera-spirito*. Ciò che serve, a nostro avviso, è una volontà ermeneutica che non si lasci scoraggiare di fronte all'immane lavoro che già da tempo, fortunatamente, diversi autori hanno avviato.

Ai molti meriti dell'opera (un'autentica enciclopedia sul tema, dal punto di vista sia bibliografico che concettuale), cui, indubbiamente, non mancano alcuni limiti (oltre a quelli già evidenziati, non possiamo non notare i numerosi refusi), va senz'altro aggiunta la felice scelta dell'immagine di copertina: un quadro raffigurante i quattro evangelisti, dipinto da uno dei più grandi pittori fiamminghi del XVII secolo, Jacob Jordaens (1593-1678), e corredato, all'interno, di un commento di Paul Claudel, tratto dalla nota opera *L'œil écoute* del 1946 (p. 10).

I. CARBAJOSA, *Dalla fede nasce l'esegesi. L'interpretazione della Scrittura alla luce della storia della ricerca sull'Antico Testamento*, Marcianum, Venezia 2017, pp. 311.

IL presente volume è la traduzione italiana dell'originale spagnolo pubblicato nel 2011. Esso propone una riflessione sui fondamenti dell'esegesi dell'Antico Testamento in una prospettiva cattolica. Come indica il sottotitolo, per scelta dell'autore, tale riflessione non parte da principi astratti o generali, ma dalla presentazione di capitoli importanti della storia della ricerca sull'Antico Testamento. A nostro avviso, la scelta è molto efficace al fine di dare un fondamento, per così dire, tangibile a un tipo di discorso spesso esposto al rischio di una parenesi scarsamente significativa per lo studioso che incappa quotidianamente nelle difficoltà concrete del testo biblico.

L'opera è strutturata in tre capitoli. I due primi sono dedicati alla descrizione storica e alla valutazione critica di due aree della ricerca sull'Antico Testamento. Il terzo e conclusivo capitolo è dedicato alla riflessione sui principi e ha come titolo «Dimensioni caratteristiche dell'interpretazione cattolica dell'Antico Testamento».

I soggetti analizzati nei due primi capitoli sono la ricerca sulla formazione del Pentateuco (cap. 1) e lo studio critico dei profeti (cap. 2). Dobbiamo ammettere che ci ha colpito quanto questi due capitoli – soprattutto quello sul Pentateuco – siano chiari, acuti e propositivi. La nostra sorpresa rivela evidentemente i pregiudizi con i quali ci siamo accostati alla lettura. Qualsiasi studioso o docente di Antico Testamento si è dovuto confrontare con numerose descrizioni dell'esegesi critica del Pentateuco e dei profeti. Il succedersi sovrabbondante di ipotesi e teorie, la quantità più che notevole di bibliografia, le svolte che, in tempi relativamente recenti, hanno portato all'affondamento quasi istantaneo di certezze fino a quel punto graniticamente sostenute..., tutto ciò ha contribuito a fare della parte storica di questi trattati biblici qualcosa di non particolarmente allettante. Si capisce allora che trovarsi con una descrizione della ricerca sul Pentateuco sufficientemente completa, ragionata e critica in 60 pagine sia una gradita sorpresa. Diciamo «sufficientemente» completa, perché ci sarebbero narrative delle vicende della storia dell'esegesi con più nomi e titoli di quelli che troviamo in quest'opera. Ma forse è proprio quella profusione a rendere tali narrative inefficienti come vere introduzioni a ciò che più ci interessa, vale a dire il senso del testo. Carvajosa fornisce i dati necessari e convenienti per avere una visione completa dell'insieme e, senza fermarsi alla mera descrizione, incide nel fondo degli argomenti, anche in modo provocatorio. «Serve a qualcosa una teoria sulle origini del Pentateuco?», si domanda in un sottotitolo a p. 90. L'autore non è un disfattista e risponde

positivamente alla domanda, ma non senza prima approfondire gli elementi che rendono la questione significativa e proponendo aggiustamenti indubbiamente importanti.

Ribadiamo che, in effetti, siamo rimasti più soddisfatti dal capitolo sul Pentateuco che non da quello sui profeti. Ma siamo sinceramente convinti che ciò non dipenda dalla qualità del discorso, ma dalle costrizioni che impone la diversità delle questioni suscitate dai due campi a confronto. Nel capitolo sui profeti Carbajosa deve per forza dedicare molto spazio a discutere un approccio di tipo sociologico che il tempo deve ancora dire fino a che punto risulti ben fondato e produttivo.

Infine, nel capitolo terzo, si trova la parte dedicata ai principi. È strutturata in cinque sezioni, di cui l'ultima contiene le conclusioni del capitolo. Ripassiamo, aggiungendo un breve commento, ognuno dei titoli:

I. *La natura della Rivelazione e le due dimensioni metodologiche dell'esegesi* (p. 175). Le due dimensioni sono quella storico-critica e quella teologica, come vengono definite da Benedetto XVI nell'Esortazione Apostolica *Verbum Domini* e derivate da una lettura del n. 12 della Costituzione Dogmatica *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II. In questa parte si viene incontro, fra l'altro, al pregiudizio di stampo positivistico, secondo il quale l'oggettività scientifica esigerebbe l'esclusione di preconcetti di fede, i quali, solo in un momento ulteriore potrebbero essere integrati. Carbajosa, invece è convinto che: «Non servirà a nulla che la fede venga aggiunta in un secondo momento: la struttura simbolica della Rivelazione e della sua testimonianza scritta non consentono che l'immagine finale sia raggiunta (sia riconoscibile) per due vie parallele i cui risultati (ottenuti in forma indipendente) siano alla fine addizionati» (p. 183).

II. *La dimensione teologica del metodo: la fede, presupposto adeguato dell'interpretazione biblica* (p. 184). Sotto questo titolo si postula che la fede nell'interprete sia un punto di partenza adeguato nell'interpretazione dell'oggetto di cui si tratta, cioè della Sacra Scrittura. Soprattutto viene più volte smentita la possibilità di una posizione cosiddetta «neutra», in riferimento alle convinzioni personali dell'esegeta.

III. *La dimensione storica dell'interpretazione della Scrittura* (p. 217). Questa parte dedica parecchio spazio a quella che è già da tempo la discussione tipica sulla metodologia biblica, ossia il confronto fra sincronia e diacronia o, meglio, con termini dello stesso autore, testo e storia. Vengono avanzate delle proposte affinché siano preservati nel lavoro esegetico sia l'uno che l'altra.

IV. *La lettura dell'Antico Testamento a partire dal Nuovo* (p. 254). L'ultimo argomento di questo capitolo è definito da Carbajosa come «*banco di prova* dell'interpretazione biblica» e viene così spiegato: «A seconda di come si affronta tale questione (come si articola la relazione [Antico - Nuovo Testamento])

vengono messi in gioco i presupposti fondamentali che reggono ogni metodo esegetico, in particolare, il problema se un avvenimento storico possa essere il criterio di interpretazione di un *corpus* letterario precedente, un assunto questo che mette in gioco anche la responsabilità morale dell'interprete» (p. 254).

Insomma, ci troviamo davanti a un'opera che punta decisamente – con parole di Pierangelo Sequeri nella prefazione – al «superamento di un'inerzia del pregiudizio che non porta frutto. Né per il dinamismo culturale della teologia, né per il rigore critico dell'esegesi» (p. 16).

C. JÓDAR ESTRELLA

M. DE SALIS, *Una Chiesa incarnata nella storia. Elementi per una rilettura della Costituzione Lumen gentium*, Edusc, Roma 2017, pp. 280.

IL professore de Salis si propone in questo suo libro di mettere la *Lumen gentium* nel contesto della ecclesiologia del secolo XX.

Nel primo capitolo l'autore presenta il metodo che guida lo studio. Il primo passo è la scelta di tre argomenti trattati dalla *Lumen gentium*: i paradigmi di Chiesa, il ruolo dello Spirito Santo nella Chiesa e la comprensione dell'assioma "Extra ecclesia nulla salus". Su questi argomenti si svolgerà un triplice lavoro. Prima si studieranno i precedenti di queste trattazioni conciliari nella teologia degli anni che antecedettero il concilio. Poi si farà un'analisi degli insegnamenti conciliari, per capire in quale misura i Padri conciliari hanno preso il lavoro precedente, lo hanno interpretato in un nuovo contesto o hanno deciso di percorrere altre vie. In terzo luogo si evincerà in quale modo i suggerimenti della *Lumen gentium* sono stati accolti e sviluppati dalla riflessione teologica e dal magistero negli anni successivi. L'autore del libro desidera fare attenzione al modo nel quale le idee ecclesiologiche delle tre tappe studiate riflettono o interagiscono con il mondo sociale ed intellettuale coetaneo.

Il secondo capitolo applica il metodo all'argomento dei paradigmi di Chiesa. La ecclesiologia della prima parte del secolo è caratterizzata da una prospettiva molto giuridica e istituzionale, che poi viene sostituita dal predominio della nozione di Chiesa come corpo di Cristo, spesso intesa in opposizione al paradigma societario. L'autore rileva che nell'Ottocento le idee di società perfetta e di corpo mistico di Cristo non erano viste come opposte e ritiene che l'avvento della sociologia tedesca (Tönnies) può essere uno dei fattori che ha spinto a guardarli in questo modo dialettico. Il Concilio si è svolto in anni nei quali la preoccupazione verso i problemi sociali era forte, e mette al centro della sua riflessione il paradigma

di Chiesa come Popolo di Dio. Negli anni successivi questo paradigma è stato oggetto di interpretazioni sociologiche riduttive; si è cercato di correggere questo problema mettendo al centro la nozione di comunione. De Salis ritiene però che la soluzione non è del tutto riuscita, poiché il paradigma comunionale può essere, anch'esso, ostaggio di interpretazioni fuorvianti.

Il terzo capitolo focalizza la questione della presenza dello Spirito Santo nella Chiesa. La teologia precedente minimizza la presenza e l'attività dello Spirito Santo e, in alcuni ambiti, sottolinea la opposizione tra la dimensione gerarchica e la dimensione carismatica della Chiesa. Il Concilio spiega che tutta la vita della Chiesa è guidata dallo Spirito Santo. Questa dottrina non ha suscitato gli approfondimenti auspicati, e restano irrisolte questioni come il ruolo dei carismi nella Chiesa.

Il quarto capitolo si sofferma sull'interpretazione dell'assioma "Extra ecclesia nulla salus". La formula ricevette spesso una lettura riduttiva all'inizio del secolo. Il Concilio opera delle sfumature in questa interpretazione, accettando l'azione della grazia oltre i limiti della Chiesa visibile. Negli anni successivi, l'argomento attirò poca attenzione, ma la riflessione è stata di nuovo spronata dal dialogo ecumenico e dalla questione sull'efficacia salvifica di altre religioni.

In fine si giunge alle conclusioni. Lo studio fa vedere che la teologia preconciliare non era monolitica, e che il Concilio, anche se ha introdotto nuove impostazioni, tuttavia ha accolto alcune riflessioni dell'ecclesiologia precedente. Questo risultato mostra i limiti dell'accettazione acritica tanto di una ermeneutica della rottura come di una ermeneutica della continuità, se quest'ultima è intesa come semplice ripetizione di formule precedenti. La ricerca evidenzia inoltre la sorte che ebbero gli insegnamenti conciliari: questi furono alle volte accolti come problematici, alle volte alquanto trascurati, alle volte approfonditi.

Lo studio possiede il pregio di essere molto aperto ad accogliere impostazioni diverse nella riflessione ecclesiologica. D'altra parte, il professore de Salis fa emergere che la teologia capisce il mistero della Chiesa in ogni momento storico con l'aiuto delle concezioni filosofiche e sociologiche vigenti, dopo aver operato su di esse un opportuno discernimento; questo dialogo permette di presentare la Chiesa in modo comprensibile agli uomini di ogni periodo. Il metodo adoperato permette di superare il pregiudizio di contrapporre il Concilio con la teologia precedente e la tendenza a giudicare gli sviluppi teologici successivi solo dal punto di vista della fedeltà o meno al Vaticano II, senza badare a quanto Dio e gli uomini hanno operato dopo l'assise.

M. GAGLIARDI (ed.), *Il Filioque. A mille anni dal suo inserimento nel Credo a Roma (1014-2014)*, Lev, Città del Vaticano 2015, pp. 378.

IL volume raccoglie gli atti del convegno tenuto presso l'Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*, il 27 e 28 novembre 2014, in occasione del millenario inserimento del *Filioque* nel Credo a Roma. La questione del *Filioque* viene studiata da diverse prospettive con ampiezza e profondità, offrendo un quadro teologico completo e allo stesso tempo propositivo.

La prima prospettiva è quella storica, con tre saggi. Sia Johannes Grohe nella sua storia sinodale dal III Concilio di Toledo dell'anno 587 fino al sinodo Romano del 1014, che Norman Tanner, S.J., nella sua relazione sui Concili di Lione II e Ferrara-Firenze, sottolineano l'importanza che ha per la storia e la teologia ecumenica il fatto che l'apparizione dell'uso del *Filioque* avviene in oriente, nel concilio persiano di Seleucia-Ctesifonte nell'anno circa 410 (cfr. 16-18, 65-66). Enrico Morini, alla fine del suo studio sulla crisi foziana e degli eventi del 1054, propone una strada per risolvere la divisione causata dal *Filioque*: il comune riconoscimento da parte delle due Chiese del concilio di Santa Sofia dell'879-880 come ottavo concilio ecumenico. Segnala come ragione il fatto che comporterebbe la cancellazione della formula incriminata dal credo latino e il riconoscimento mutuo della liceità a seguire le rispettive tradizioni teologiche sulla processione dello Spirito Santo (cfr. 61-63).

Quattro saggi compongono la prospettiva patristica. Salvatore Giuliano analizza alcuni scritti dei Padri e autori latini dei primi secoli – tranne sant'Agostino – evidenziando come il *Filioque*, «considerato inizialmente come semplice teologumenon, andò poi affermandosi sempre più, fino a riconoscere la necessità dottrinale» (81). Lo studio specifico della processione dello Spirito Santo in sant'Agostino viene fatta da Nello Cipriani, O.S.A., che distingue tre periodi cronologici nella maturazione della dottrina agostiniana: dalla conversione fino ai primi anni dopo l'ordinazione presbiterale, dove Agostino non si pone in maniera esplicita la questione della processione dello Spirito Santo e accetta gli insegnamenti di Mario Vittorino – che lo Spirito Santo è generato ed è figlio del Padre –; un secondo periodo nel quale condannò l'idea della filiazione dello Spirito Santo; e un terzo periodo che inizia verso il 400, in cui propone senza titubanze la processione della terza Persona divina dal Padre e dal Figlio. Poi Claudio Moreschini passa in rassegna i Padri Cappadoci, concludendo che sebbene il *Filioque* non sia esplicitamente affermato da loro, poteva apparire a dei lettori posteriori «come una conseguenza, più o meno giustificata, della loro pneumatologia (146)». Carlo dell'Osso analizza la *Lettera a Marino di Cipro* di Massimo il Confessore scritta tra gli anni 645-646 per la sua importanza nel corso dei secoli nella questione del *Filioque*. Tuttavia

la sua conclusione è che non si debba più ricorrere a questa lettera «come ad un antico testimone dell'interpretazione ortodossa ed orientale del *Filioque*» (164).

I seguenti quattro saggi sono raggruppati nella prospettiva chiamata teologica. Inizia con un'analisi esegetica del valore del verbo *ἐκπορεύομαι* nel Vangelo di Giovanni fatta da Mauro Meruzzi. Poi Francesco De Feo, O.S.B., analizza la polemica sul *Filioque* nel corso del XII secolo dell'Occidente latino, e passa in rassegna quattro autori che adoperano appositamente diverse categorie che ritengono più adeguate al tentativo di legittimare teologicamente il *Filioque*: Anselmo d'Aosta, Ruperto di Deutz, Pietro Abelardo e Riccardo di San Vittore. Giuseppe Marco Salvati, O.P., studia la dottrina di san Tommaso d'Aquino. L'ultimo contributo è di Mauro Gagliardi, che offre una riflessione speculativa sulla controversia sul *Filioque*. Sottolinea come tale dottrina incide in altri ambiti teologici, e mostra specificamente il rapporto che c'è tra la ecclesiologia in ogni Chiesa e la accettazione o meno del *Filioque*.

Nella prospettiva ecumenica, Andrea Pacini presenta sinteticamente le posizioni teologiche ortodosse contemporanee sulla processione dello Spirito Santo, riconducibili a quella di Bulgakov o quella di Losskij, autori che studia specificamente. Nicola Bux si sofferma sui testi in cui si fa riferimento al *Filioque* nei documenti del dialogo cattolico-ortodosso e nelle dichiarazioni congiunte. La sua conclusione è un giudizio molto severo riguardo agli ortodossi: che il rifiuto del primato di Pietro sia il vero motivo che ostacola il riconoscimento del *Filioque* (cfr. 320-321).

Nell'ultimo gruppo, sotto il titolo *Aspetti complementari*, vengono radunati tre saggi. Nel primo Antonio Livi sottolinea la logica filosofica, di impostazione epistemica realistica, come lo strumento principe dell'elaborazione scientifica di qualsiasi ipotesi di interpretazione della verità rivelata; e sostiene che il chiarimento della controversia sul *Filioque* passa attraverso la fedeltà di tale epistemologia nello studio immanente e economico del rapporto dello Spirito Santo con il Padre. Poi vengono studiati alcuni aspetti liturgici e risvolti morali del *Filioque* da Edward MacNamara, L.C., e George J. Woodall, Professore Straordinario presso l'Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*.

In concomitanza allo svolgersi del convegno, Papa Francesco era in viaggio apostolico in Turchia; e il 30 novembre, a conclusione della Divina Liturgia celebrata da Bartolomeo I ad Istanbul, incoraggiava il dialogo ecumenico tramite lo studio attento e approfondito delle questioni più difficili che hanno segnato la storia dell'attuale divisione tra la Chiesa Cattolica e quella Ortodossa. Questo volume offre un valido contributo teologico al dialogo ecumenico in questa rotta indicata dal Papa.

J. GRANADOS GARCÍA, *Tratado general de los sacramentos*, Bac, Madrid 2017, pp. 356.

José Granados García, vicepresidente y director del *Area internazionale di ricerca in teologia sacramentaria* del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre matrimonio y familia, ofrece con este manual una comprensión general de la economía sacramentaria desde una intuición precisa: que los sacramentos conforman el espacio y el tiempo donde se vive el misterio cristiano, y el entendimiento del fiel se abre para su comprensión. «Esto significa que los sacramentos pertenecen al método teológico, al modo que tiene la fe de contemplar el misterio. Y solo considerando este su papel primordial podemos acertar a descifrarlos» (p. 4).

A mi entender, podemos identificar tres principios que constituyen la estructura que da forma al manual. El primero lo podemos denominar “teología de la carne”, que el mismo autor desarrolla en su obra *Teología de la carne: el cuerpo en la historia de la salvación*, del 2011. Desde la comprensión de la radicalidad del ser personal como ser relacional, y de que la persona humana es un ser corpóreo, se subraya que su identidad se constituye a partir de una red de relaciones encarnadas, para concluir que la corporalidad en la que se establecen las relaciones son simbólicas, en el sentido en que la realidad –una sonrisa, un regalo– no se reduce a un movimiento epidérmico o una cosa, sino que manifiesta y establece una relación personal. El autor añade que las relaciones personales –conyugalidad, paternidad, filiación, etc.– maduran en el tiempo en y a través de una red de relaciones simbólicas, que denomina “espacio simbólico”, y cuyo soporte originario siempre es el cuerpo: por ejemplo, el espacio simbólico de las relaciones paterno-filiales lo origina el cuerpo de los padres que dan la vida. Propiedad de este espacio simbólico es que quien lo habita no puede entenderse fuera de él y se enriquece ahondando en las relaciones que lo componen (cfr. pp. 214-217).

El segundo principio es cristológico: sólo en el cuerpo de Jesús el hombre es salvado y divinizado, generándose a su vez un espacio simbólico de relaciones de comunión de vida con Dios. Los sacramentos son considerados como una prolongación del misterio de la encarnación a lo largo de toda la historia de la salvación, es decir, la apertura ritual en la vida de la Iglesia del espacio nuevo de relaciones inaugurado por Jesús en su carne (cfr. pp. 7-11). En este contexto, la unidad tipológica de la historia de la salvación se presenta como la clave para entender tanto la continuidad entre el valor sacramental de la creación y del culto del Antiguo Testamento, como la novedad de los sacramentos de la Nueva Alianza.

El tercer principio es la preeminencia del sacramento de la Eucaristía, por ser precisamente el sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo. Para el autor, el esfuerzo del teólogo no es tanto elaborar un concepto abstracto de sacramento, «sino de individuar el nexo que asocia cada sacramento con la Eucaristía y todos los sacramentos entre sí. En otras palabras: el concepto general de sacramento no es un concepto genérico, sino *orgánico*, que indaga la participación específica de cada uno de ellos en la plenitud eucarística» (p. 20).

El manual se divide en tres partes. En la primera se estudia la raigambre de los sacramentos en la vida de Jesús (capítulos II-V). Se inicia explorando el espacio de relaciones con la carne de Jesús abierto por los ritos mejor atestiguados en la vida de Cristo y en la Iglesia apostólica: la Eucaristía y el bautismo (capítulo II). Tras estudiar ambos ritos celebrados por Jesús en el contexto de la unidad tipológica con el Antiguo Testamento, el autor concluye que ambos sacramentos «hacen presente la carne de Jesús y la recapitulación de la historia en él». La primacía de la Eucaristía está en que «según san Pablo, el bautismo se entiende como nacimiento del creyente a la carne ofrecida por Jesús en la Última Cena». Para el autor, esta subordinación del bautismo permite «entender la relación de los demás sacramentos con la Eucaristía. Estos arraigan, como el bautismo, en el ministerio terreno del Maestro, tamizado por los eventos pascales y leído eucarísticamente. Y contienen los modos en que el cuerpo de Cristo, constituido en la Eucaristía, se asocia a las distintas situaciones y etapas de la vida cristiana» (pp. 43-44).

La base bíblica de la economía sacramental se enriquece en los capítulos III y IV con el análisis del evangelio de san Juan y las cartas de san Pablo. Para el autor, la teología joánica de los signos obrados por Jesús y la teología paulina del *mysterion* presentan la vida cristiana desde la lógica sacramental y aportan los elementos más significativos para entender la economía sacramental. La primera parte termina con un capítulo dedicado al estudio de la institución de los sacramentos por parte de Cristo. Tras realizar un recorrido histórico acerca de la cuestión, concluye que los ritos realizados por los Apóstoles «no es la unión de un signo ritual con la gracia divina que lo acompaña –esto solo lo podía realizar Cristo, como rectamente pensó la teología escolástica, sino que se limitan a atestiguar cuál es el signo ritual que mejor recoge, desde la memoria fiel de la vida de Cristo, los distintos significados relacionales que Jesús forjó con su cuerpo (...). Una tal intervención de la Iglesia no quita nada, por tanto, a la institución inmediata por parte de Cristo, que se garantiza: a) en cuanto el signo central que constituye el sacramento se contiene en el mismo cuerpo de Jesús; b) en cuanto a la verificación eclesial del rito por parte de los hechos y dichos del Maestro, siempre sobre el trasfondo del Antiguo Testamento (...). Tal base escriturística es necesaria para determinar la *sustancia* de los sacramentos, es decir, aquello que, por provenir de

Jesús mismo, cuya memoria esencial conservaron y transmitieron los Apóstoles, es fundante para la Iglesia» (pp. 102-102).

En la segunda parte (capítulos VI-XI) se afronta la definición de sacramento. Tras un recorrido por las vicisitudes de la reflexión teológica a lo largo de la historia, estudiando la estructura *res et verba* del signo sacramental y la naturaleza de la eficacia de los sacramentos, el autor da su definición asumiendo la perspectiva clásica medieval releída a partir de los tres principios señalados al inicio: «*el sacramento es la apertura en la vida del hombre, por medio de un rito, del espacio simbólico de relaciones que inauguró Jesús en su carne* (p. 220). Acerca del signo sacramental, la relectura del sentido hilemórfico de su estructura le conduce a emplear la expresión cuerpo-palabra. Para el autor, las acciones materiales contienen ya un lenguaje por su relación al cuerpo humano –el agua a la limpieza y al nacimiento, etc.–, que por las palabras queda asociada al lenguaje del cuerpo de Jesús –la invocación del nombre trinitario en el bautismo explica la nueva filiación donada a la luz de la filiación de Jesús– (cfr. pp. 222-225). Y sobre la eficacia sostiene que, por el signo sacramental, Jesús asimila a sí y transforma nuestra condición corporal, a la vez que nos ofrece sin falta el mismo Espíritu –la gracia– que se derramó sobre su carne (cfr. pp. 225-227).

En la tercera y última parte, el autor explora la estructura de la red de relaciones simbólicas establecidas por la economía sacramental e inauguradas en la carne de Jesús. Según mi parecer, aquí se vislumbra de modo más claro la fecundidad de los tres principios que estructuran el manual señalados al inicio. En primer lugar se detiene en el estudio del carácter (capítulo XII) porque es la incorporación al cuerpo de Jesús, estableciendo por ello el espacio simbólico cristiano: la red relacional de la vida de Jesús. Se entiende así que el autor asuma la propuesta de Scheeben, aunque con algunas precisiones, que sitúa el carácter en el orden del ser del cristiano (cfr. pp. 246-248).

En concreto, el carácter bautismal se describe como participación en la filiación y fraternidad del Resucitado por el que el fiel es elevado a la dignidad de hijo de Dios-Padre, miembro del cuerpo visible de Cristo que es la Iglesia, y ordenado al culto cristiano. El carácter de la confirmación se entiende como habilitación del fiel a obrar como Cristo, que bajo la acción del Espíritu Santo recibió «una orientación de su carne para que pudiera predicar el reino, hacerlo presente en sus milagros, consumarlo en su entrega sobre el madero» (p. 256). Por último el carácter sacerdotal se comprende como participación en la paternidad de Jesús que con su entrega nos salvó (al ministro del sacramento se dedica todo el capítulo XIV).

El autor considera que el resto de los sacramentos –excepto la Eucaristía– aunque no impriman carácter, en virtud de la *res et sacramentum* recibida por el sujeto «crean una análoga configuración al trasfondo corporal de relaciones

inaugurado por Jesús» (p. 257). La Eucaristía no imprime un efecto permanente en el sujeto análogo al carácter o a la *res et sacramentum* porque «es la fuente de todo carácter; en ella, podría decirse, está el carácter de la entera Iglesia, es decir, el trasfondo básico, la receptividad originaria que estructura todo el ser y el obrar del Cuerpo de Cristo y hace posible su bien común» (p. 256).

A continuación, en el capítulo XIII, se presenta otra dimensión de la economía sacramental poco atendida por la reflexión teológica, y que podríamos denominar como el significado moral de los sacramentos. En este significado se incluyen las condiciones del sujeto para la celebración válida, lícita y fructuosa del sacramento, pero se extiende también a toda la vida del fiel porque «el sacramento genera el sujeto moral cristiano promoviendo un obrar virtuoso, por participación a la acción de Jesús» (pp. 261-262).

El manual termina con el capítulo XV dedicado a la relación entre la Iglesia y los sacramentos. El autor estudia el significado de la atribución a la Iglesia del nombre de sacramento, proponiendo considerarla desde la Eucaristía; así como la articulación entre sí de los siete sacramentos, «pues solo en el ámbito de la Iglesia-sacramento se puede expresar claramente el orden y trabazón de los siete» (p. 328).

Termino señalando que la centralidad de la *Teología de la carne* como herramienta filosófica para acercarse a la comprensión de la economía sacramental, que el autor ve como necesaria para forjar una síntesis de la teología sacramental a lo largo de la historia (cfr. p. 210), se descubre profunda y fecunda. Sin embargo, convendría explicar mejor algunos puntos que, a mi parecer, permanecen en la penumbra: en concreto, la naturaleza del carácter y de la causalidad sacramental. No cabe duda que nos encontramos ante un manual que presenta una comprensión original y armónica de la entera economía sacramental, realizada a partir de los tres principios individuados al inicio, y que supone una contribución positiva a la teología sacramentaria.

R. DÍAZ DORRONSORO

C. GRANADOS – L. SÁNCHEZ NAVARRO, *En la escuela de la Palabra. Del Nuevo al Antiguo Testamento*, Verbo Divino, Estella 2016, pp. 228.

EL volumen, que aúna de modo articulado diversos estudios publicados anteriormente, actualizados y complementados con otras aportaciones, es obra de dos conocidos profesores de ciencias bíblicas de la Universidad Eclesiástica San Dámaso (Madrid). El texto forma parte de un proyecto de lectura bíblica deno-

minado *En la escuela de la Palabra*, donde el término “escuela” es entendido como la «escucha de la voz de Dios en el grupo de los discípulos de Jesús» (p. 13). Esto implica, como afirman en diversos momentos los autores, asumir radicalmente la fe en la Palabra de Dios como clave hermenéutica fundamental de los textos sagrados, hecho que conlleva, lógicamente, leer la Escritura al interno de la comunidad formada por todos los cristianos que, guiados por el Espíritu Santo, comparten una misma fe en Jesucristo. Se trata, por consiguiente, de emprender una lectura radicalmente teológica, realizada en un contexto eclesial, en la que la fe y la razón colaboran estrechamente para forjar una “ciencia de la fe”. Es evidente que este modo de concebir la lectura de la Escritura se hace eco de la enseñanza magisterial secular y, en particular, de lo que la Const. dogm. *Dei Verbum* del Vaticano II y la Exhort. apost. *Verbum Domini* de Benedicto XVI, documentos que se citan frecuentemente, han propuesto de modo admirable. Por lo que se refiere concretamente a la *Verbum Domini*, los autores dedican a su exposición toda la tercera parte.

La organización del material es tal vez lo más original de la obra. Alejándose del esquema habitual que siguen los tratados o manuales más difundidos, se sigue un orden en cierto modo inverso, aunque bien estructurado y, a mi entender, fruto de una larga reflexión. A una primera parte titulada «La Iglesia, sujeto vivo de la Sagrada Escritura», siguen una segunda denominada «Cristo, exegeta del cumplimiento» y una tercera que, como dijimos, es un comentario a la *Verbum Domini*. Al final se ofrece la lista de artículos, escritos tiempo atrás por los autores del libro, que entraron a formar parte del volumen que reseñamos, con las referencias necesarias de publicación.

Como pilares de toda la reflexión hermenéutica del volumen se asumieron dos principios básicos (pp. 14-16): el primero, eclesiológico, el «marco eclesial», es decir, el convencimiento de que la Escritura se forjó en el contexto vital del pueblo de Dios –la Iglesia–, que el Espíritu Santo guió desde sus orígenes y en el que la Escritura revive constantemente al ser leída y meditada; un dato incuestionable no solo en relación al Nuevo Testamento, que se fraguó al interior de la Iglesia instituida por Jesucristo, sino también por lo que se refiere al Antiguo Testamento, cuyos libros, inspirados igualmente por Dios, estuvieron orientados desde sus orígenes a alcanzar su significado más pleno en Jesucristo. El segundo principio postulado es el de «la hermenéutica de la fe», principio que, ilustrado ampliamente en el comentario a la «*Verbum Domini*», asegura no solo la necesaria objetividad y la más plena dilucidación de la interpretación bíblica, sino que, al mismo tiempo, evita el grave desmoronamiento al que conduce una “hermenéutica secularizada positivista”. Para ésta, la clave fundamental de lectura es la convicción de que Dios no existe o no interviene en la historia humana y, cuando en contra de toda afirmación racionalista surge un elemento palmariamente divino, viene explicado acudiendo al

presupuesto del poco avance de la ciencia humana o en una perspectiva despojada de cualquier dimensión trascendente. Se trata, por tanto, de una hermenéutica radicalmente inadapta a la comprensión de la fe. Esto es lo que, según los autores del libro, ha sugerido la idea del título «en la escuela de la Palabra», es decir, la consideración por la cual, aunque haya que darle todo su valor a la continuidad histórica, es todavía más necesario reconocer la centralidad de aquél momento único que tuvo lugar con la Encarnación de Cristo. La segunda parte del libro responde precisamente a esta intuición: es Cristo quien despliega y da su más pleno y exacto significado a la larga historia narrada en el Antiguo Testamento.

La primera parte del volumen se orienta, por tanto, a exponer el significado de la expresión «la Iglesia, sujeto vivo de la Sagrada Escritura» (pp. 21-91); una sección que reflexiona sobre el carácter testimonial de la Escritura, su dimensión histórica y de fe, su perspectiva existencial en cuanto que la Escritura atestigua y muestra el camino para alcanzar la felicidad última, la distinción y el profundo vínculo existente entre la Iglesia y la Palabra de Dios en el Nuevo Testamento, la relación entre la revelación divina y una Escritura que la representa, la originalidad de la lectura eclesial de la Biblia irreducible a cualquier otro acercamiento hermenéutico, la misión que posee la Iglesia de establecer, proclamar y escuchar la Escritura como Palabra de Dios, la relación entre Tradición y Escritura y, por último, la lectura eclesial de la Biblia.

La segunda parte (pp. 95-175), titulada «Cristo, exegeta del cumplimiento», examina algunas cuestiones relacionadas con el modo de leer el Antiguo Testamento: su índole de testimonio de Cristo, la llamada a la conversión, los diversos sentidos bíblicos (literal, tipológico, tropológico y anagógico), el Nuevo Testamento como plenitud del Antiguo, la continuidad en la discontinuidad de la revelación bíblica, la enseñanza del Vaticano II sobre el Antiguo Testamento (nn. 15-16) y la lectura cristiana de los textos del Primer Testamento. En esta segunda parte conviene señalar el amplio espacio dedicado al análisis de las celebres propuestas sobre la relación entre los dos Testamentos de tres de los más conocidos e influyentes biblistas del último periodo: el teólogo presbiteriano norteamericano Brevard S. Childs (1923-2007), que introdujo en la exégesis el llamado *Canonical criticism*, un modo de interpretar la Biblia concentrado en la lectura sincrónica o canónica de la Biblia; el teólogo jesuita francés Paul Beauchamp (1924-2001), que elaboró una reflexión bíblico-teológica referida al cumplimiento de las Escrituras en Cristo; y el exponente del criticismo retórico, el teólogo norteamericano de origen alemán W. Brueggemann (1933-), profesor emérito del “Columbia Theological Seminary”.

La tercera parte del libro, por último (pp. 179-226), es un amplio comentario a la *Verbum Domini* en el que se aúnan las consideraciones teológicas realizadas en su momento por los dos autores del libro. En ella se ha querido señalar, concreta-

mente, cómo este documento ha traído a la Iglesia un «reto: recuperar el frescor del Evangelio, amado y vivido» y un «camino: volver a las fuentes de nuestra fe, esas fuentes que brotan incansablemente en las páginas de la Escritura sagrada» (p. 197).

No cabe duda que el volumen de Granados/Sánchez Navarro ha venido a reforzar en el estudio bíblico ese modo de lectura de la Escritura en la Iglesia que ha ido consolidándose especialmente desde que salió a la luz la Const. dogm. *Dei Verbum*, documento que encontró sucesivamente una fuerte resonancia en la Exhort. apost. *Verbum Domini*. La buena presentación de la obra y la redacción ágil colaboran sin duda a la finalidad buscada por los autores. Si se quisieran mencionar límites al volumen, estos podrían ser, por una parte, la carencia de una fuerte unidad estructural, circunstancia debida en gran parte a su carácter recopilatorio, es decir, a la asunción de artículos elaborados en un momento anterior con otra finalidad, aunque, como se afirma en la p. 27, hayan sido actualizados y complementados. Por este motivo, la obra no se puede calificar propiamente como un manual de estudio o algo análogo para la respectiva asignatura de los estudios teológicos, sino más bien de un tratado complementario para una relectura o profundización de los temas tratados en las diversas sedes de formación teológica. Por otra parte, habría sido de gran utilidad un índice de autores y una bibliografía final de las obras de referencia. Todo esto no disminuye, indudablemente, la riqueza teológico-vivencial del presente volumen.

M. TÁBET

D. KOWALCZYK (a cura di), *La Parola nelle parole: raccolta degli articoli del Convegno Internazionale sulla Costituzione Dogmatica Dei Verbum, 18-20 novembre 2015*, Gregorian & Biblical Press, Roma 2017, pp. 226.

AFIRMABA J. Ratzinger en 1988: «Personalmente, estoy convencido de que una lectura cuidadosa del texto entero de la *Dei Verbum* permite encontrar los elementos esenciales de una síntesis entre el método histórico y la “hermenéutica” teológica». Destacaba así el valor de la Constitución Dogmática del Concilio Vaticano II sobre la Divina Revelación para iluminar los debates en relación a la exégesis y la teología bíblica.

Treinta años después, los artículos de este volumen muestran la permanente validez de esa opinión. Ilustran además, de manera práctica, cómo una atenta lectura de dicho documento magisterial proporciona un fructífero punto de partida para estudios eclesiológicos, bíblicos, litúrgicos y teológico-fundamentales.

El libro recoge la presentación y conferencias pronunciadas en noviembre de 2015 en la Universidad Gregoriana de Roma, durante el congreso conmemorativo de los cincuenta años de la *Dei Verbum*. Los firmantes son profesores de facultades teológicas italianas, más el entonces prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, Cardenal G. Müller. Concluye el volumen el texto de la conferencia pronunciada por L. Ladaria, actual prefecto de esa Congregación.

La obra puede leerse como un comentario –ciertamente no exhaustivo– a la *Dei Verbum*. Las intervenciones siguen el orden de la constitución y pretenden mostrar las diferentes dimensiones de este texto conciliar. En algunos casos, los autores finalizan su exposición con una conclusión.

En paralelismo con los capítulos de la *Dei Verbum*, las intervenciones del congreso se agruparon en cinco secciones: la Revelación; la transmisión de la Revelación; la inspiración divina y la interpretación de la Sagrada Escritura; el Antiguo y el Nuevo Testamento; y la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia. El volumen comienza con una relación sobre la aportación de los profesores de la Universidad Gregoriana al texto de la *Dei Verbum* (P. Bua); relación que sirve para ilustrar, con breves pinceladas, las etapas fundamentales de su redacción.

En este conciso comentario nos limitamos necesariamente a señalar algunos puntos de la obra. Indudablemente, uno de sus aspectos más positivos es la puesta en relación de la *Dei Verbum* con los otros principales documentos conciliares. También son frecuentes las referencias de los artículos a la *Verbum Domini* del 2010. Como señalan diversos autores, esta Exhortación Apostólica postsinodal sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, promulgada por Benedicto XVI, constituye un auténtico desarrollo de muchas de las ideas presentes en la *Dei Verbum*.

El artículo *Il sacro deposito della Parola di Dio affidato alla Chiesa* (D. Vitali) ilumina el modelo de Revelación planteado por *Dei Verbum* –y especialmente su transmisión– desde el modelo eclesiológico ofrecido por la *Lumen Gentium*. Tal como es generalmente aceptado, esta última supuso una revolución copernicana en la eclesiología. Manteniendo evidentemente la doctrina cristiana precedente, mediante un énfasis diverso y mediante la misma estructura del documento, desplazó el interés teológico hacia puntos como el papel de la totalidad de los fieles cristianos en la Tradición, la circularidad entre *sensus fidei* y *Magisterium docendi* o la determinante dimensión escatológica de la Iglesia. Estos acentos encuentran reflejo en *Dei Verbum* que, de manera coherente, profundiza en la necesidad de la Iglesia instituida por Cristo para la adecuada transmisión de la Revelación. Así, por ejemplo, al emplear la fórmula anterior de “depósito de la fe” en referencia a la Revelación, no se comprende esta última como un depósito de verdades intelectuales para aceptar racionalmente; sino que se concibe la Tradición como una transmisión viva.

Destaca asimismo el segundo capítulo (G. Müller), en su exposición de las cinco aportaciones de la *Dei Verbum* que han marcado las últimas décadas en la teología. Por su parte, el tercero (N. Capizzi) explica tres perspectivas teológicas actuales que hacen ver la unidad entre Escritura y Tradición. C. Dotolo (cap. VI) hace ver el cambio de perspectiva que supuso la *Dei Verbum* para la teología, junto a otras aportaciones concretas del texto; explica cómo la relación entre verdad, Revelación y conocimiento se entiende según la relación entre Revelación, experiencia e historia. El último artículo (L. Ladaria) estudia el uso de la expresión “Palabra de Dios” en *Dei Verbum* y *Verbum Domini*.

Por otra parte, las exposiciones plantean el *status questionis* de argumentos centrales para la exégesis y la teología bíblica. Por ejemplo, partiendo de la *Dei Verbum*, M. Grilli (cap. VII) expone los diferentes modelos actuales que explican la unidad de la Escritura, que incluye el Antiguo y el Nuevo Testamento.

De manera habitualmente equilibrada, y con diversos matices, se indican límites de la constitución. En los capítulos ya mencionados, algunas de las lagunas señaladas son que concede demasiado poco espacio a los criterios para una tradición auténtica (p. 47) o que no habla de la Iglesia en el ámbito de la Revelación y su transmisión (p. 87).

En muchos de los casos, los límites son reconocidos explícitamente como inevitables. El capítulo sobre la inspiración bíblica (K. Stock, cap. V) subraya la acción salvífica general del Espíritu Santo, como el contexto adecuado para comprenderla; se señala aquí que la *Dei Verbum* no define qué es la inspiración (p. 108). En su artículo sobre la lectura litúrgica de la Biblia (cap. IX), R. De Zan lamenta que la constitución no preste una mayor atención a la liturgia y que su planteamiento sea poco pastoral (p. 179). En el octavo capítulo, *Vangelo e storia. Il problema del canone biblico in epoca moderna*, A. Maffei sostiene que el Vaticano II no mostró interés particular por el canon (p. 145).

El volumen presenta los lógicos límites de una obra colectiva, en la que el modo de afrontar cada argumento depende del teólogo firmante. Circunstancia que se traduce, en este caso, en una cierta irregularidad en la profundidad (y longitud) de los temas tratados. Mientras que unas intervenciones basan de hecho su reflexión en el texto de la *Dei Verbum*, con referencias también explícitas a ella, en otros casos los autores prefieren desarrollar un tema conectado menos directamente con la constitución. Por ejemplo, el artículo sobre el valor de la *fractio panis* como anuncio y memorial, a la luz de diversas tradiciones litúrgicas (E. Mazza, cap. X).

Se ofrece al final un índice de los autores citados. No existe, en cambio, un elenco de las siglas y abreviaturas empleadas. Así, el lector no especialista puede encontrarse en dificultades para identificar las referencias a publicaciones como JRGS (p. 29) o UUI (p. 58) —entre otros numerosos ejemplos—, no desglosadas.

En general, la edición está cuidada. No obstante, pueden encontrarse algunos errores tipográficos. Por señalar algunos, en la p. 175 se afirma que la *Divino Afflante Spiritu* es de 1945 (en lugar de 1943). En la misma página, se incluye en el título de esta encíclica el término *Affilante*.

Rasgos negativos que no oscurecen la valiosa contribución de este volumen para profundizar en la *Dei Verbum*, auténtica contribución del Vaticano II a la teología sobre la Revelación, con la perspectiva de cincuenta años de estudios surgidos a partir de su promulgación.

S. CALLEJO GOENA

M. SÁNCHEZ GAETE, *Miguel León Prado, sacerdote de una Iglesia Militante. De los barriales de San Miguel a la Diócesis de Linares*, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago de Chile 2016, pp. 242.

MARCIAL Sánchez Gaete es historiador, docente en la Universidad Santo Tomás de Santiago de Chile. En esta ocasión nos ofrece una semblanza de uno de los eclesiásticos chilenos más interesantes de finales de siglo XIX y principios del XX, Miguel León Prado (1853-1934) representante de un clero celoso, con gran preocupación social, enérgico y fiel al Romano pontífice, con una modalidad pastoral muy típica del periodo que inició con León XIII y culminó con el papado de Pío XI. El autor ha desarrollado un notable esfuerzo recopilador en archivos civiles y eclesiásticos, públicos y privados: Nacional de Chile, Histórico de la Diócesis de Linares, Eclesiástico de Talca, Central Salesiano, Hermanas de María Auxiliadora, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Provincia de San Miguel, etc. Se han utilizado asimismo diversos periódicos y revistas de la época, y abundante material fotográfico.

El volumen se estructura en cuatro capítulos, que siguen la carrera eclesiástica de mons. León Prado. La introducción ofrece una presentación del delicado momento de la segunda mitad del siglo XIX en Chile, en parte parejo a la coyuntura general del mundo occidental. Se observa el agudo contraste entre una sociedad cristiana más o menos tradicionalista, más o menos clerical, y las fuerzas progresistas que portaban, junto a elementos de sana renovación, no pocas amenazas a la primacía de Dios en la sociedad. Didácticamente, Sánchez Gaete plantea dos núcleos de discusión: la “lucha teológica” en torno al papel de la religión en el estado liberal, y la “cuestión social” que estaba provocando un empobrecimiento económico y social a grupos cada vez más extensos. En medio de estos desafíos y esperanzas hay que situar la figura del biografiado.

El capítulo primero se ocupa de la “familia y formación” de León Prado, nacido en Santiago de Chile, en el seno de una familia cristiana de seis hijos. Su padre, el abogado Raimundo León y Gutiérrez de Espejo, había participado activamente en política en el partido conservador. Fue mucha además la influencia de su tío materno, el sacerdote Miguel Rafael Prado Prado. El autor hace un estudio documental y genealógico de la familia, la vocación precoz de León Prado y el ingreso en el seminario de Santiago; se ofrecen diversas tablas sobre la organización de los estudios y el profesorado del centro. Se culmina la sección con el reato de la primera Misa, el 2 de octubre de 1877, tras la ordenación del 22 del mes anterior.

El capítulo 3, “Miguel León Prado en San Miguel” es quizás el más importante del libro. El neo-sacerdote fue nombrado primer responsable de la parroquia de San Miguel, en la zona sur de Santiago, conocida como Zanjón de la Aguada o Llano de Subercaseux. Se trataba de unas barriadas muy marginales, donde reinaba la pobreza, la ignorancia y los vicios. León Prado rigió la parroquia durante treinta y seis años (1877-1913), donde se constituyó en paradigma del pastor de la época de León XIII; fomentaba las prácticas devocionales tradicionales: Eucaristía, confesión, rosario; se preocupaba activamente de las condiciones de vida de los feligreses; fomentó en este sentido la Sociedad de Obreros de San José, de la que fue director desde 1891. Se ocupó de crear espacios de acogida para los niños, enfermos y ancianos. Además hizo un viaje a Turín para obtener de Miguel Rúa, sucesor de Don Bosco, la venida a su parroquia de las Hijas de María Auxiliadora, institución a la que siempre fue muy ligado. En 1912 organizó la primera peregrinación de fieles chilenos a Tierra Santa y Roma, donde fueron recibidos por San Pío X.

Hay varias citas de Sánchez a diversas pastorales o artículos de León Prado, de las que se puede extraer su pensamiento. Destacamos la siguiente “perla” de 1900: «El hombre, hecho a imagen de Dios, debe trabajar como Él, primero con su cabeza, luego con sus manos; el trabajo no es más que poner en obra sus facultades intelectuales y su energía física. He aquí el obrero con buena compañía. El trabajo sin el rocío del cielo es infecundo. Empuñando su herramienta, no tiene más que levantar los ojos al cielo para ver a su prototipo y sacar de esta contemplación un ideal capaz de hacerle amar su vocación. Trabaja como Dios y con Dios. Dios es creador el obrero es modificador» (p. 104).

Ante las muchas necesidades de su pueblo se comportó como jefe y defensor, en forma también cálida y cercana –era conocido como “Don Miguelito”–. Tradicional en la doctrinal y con lo que hoy llamaríamos “conciencia social”. Es un ejemplo de lo que algunos estudios están señalando sobre la acción social de los católicos en Latinoamérica mucho antes de la llegada de la teología de la liberación (cfr. para el Perú, en esa época, R. D. CUBAS RAMACCIOTTI, *The Politics of Religion and the Rise of Social Catholicism in Peru (1884-1935). Faith, Workers, and Race before Liberation Theology*, Brill, Leiden-Boston 2018).

Por lo que se refiere a su sensibilidad política, León Prado fue siempre –como su padre– un conservador, como él mismo confiesa a un sobrino: «toda mi vida he sido buen soldado de la causa conservadora y seguiré siéndolo hasta la muerte; porque la considero la causa de Dios, de la Iglesia, y del engrandecimiento del país» (p. 163). En la terrible guerra civil chilena de 1891 se mostró claro partidario del Congreso, en contra del presidente José Manuel Balmaceda. A raíz de la matanza de filo-congresistas en Lo Cañas (19 agosto 1891) organizó una romería al lugar de los sucesos para desagraviar y rezar por los “mártires”.

El capítulo 3 se ocupa del periodo como gobernador eclesiástico (vicario general) de la ciudad y provincia de Talca, jurisdicción eclesiástica creada en 1910 por el arzobispo de Santiago y donde ya su tío Miguel Rafael Prado Prado había sido vicario foráneo. Con amplias prerrogativas jurisdiccionales, León Pardo tuvo que administrar un amplio territorio dotado de diversas parroquias y casas de religiosos, un liceo de segunda enseñanza y un seminario, aunque éste no pudo sobrevivir en el tiempo. Destaca también aquí su interés por la Sociedad de Obreros de San José. En Talca permaneció hasta 1925.

El capítulo 4 estudia la figura de León Prado como primer obispo de Linares (1925-1934). El nacimiento de nuevas diócesis entre 1925 y 1929 se enmarca dentro de la situación general en el país de separación entre la Iglesia y el Estado, y la consiguiente gestación de una nueva Constitución de 1925 bajo la presidencia de Arturo Alessandri Palma. Por entonces, León Prado superaba los setenta años, e iba a protagonizar un nuevo inicio, como ya hiciera en la parroquia de San Miguel en plena juventud. Sánchez Gaete presenta diversos pasajes de su primera carta pastoral, donde se muestra pastor unido a los anhelos de Pío XI por instaurar el Reino de Cristo. Su lema episcopal, “Quis ut Deus”, con clara referencia al arcángel San Miguel, así lo muestra. En esta carta León Prado se refiere, entre otras cosas, al rezo del Rosario, a la virtud de la castidad y a la educación de los jóvenes. El enemigo a combatir no es otro que el laicismo.

A continuación el autor nos presenta la situación de la diócesis de Linares, desmembrada de la de Concepción en la región del Maule. Lo hace comentando alguna visita pastoral y, sobre todo, a partir de la documentación de la visita ad limina de 1928, que muestra el estado de la iglesia particular linarense antes del terrible terremoto de 1928 que se cobró un total de 300 víctimas y destruyó numerosos edificios en la zona central-sur de Chile. La catedral de Linares quedó seriamente dañada y su uso litúrgico impracticable. El autor se detiene después en el estado del clero secular. La descripción de las órdenes y congregaciones religiosas recoge precedentes trabajos del autor (cfr. M. SÁNCHEZ GAETE, *Órdenes y congregaciones llegadas al país entre 1925 y 1960*, en IDEM [dir.], *Historia de la Iglesia en Chile*, IV, Santiago 2014, pp. 279-306). Llama la atención comprobar que muchas de las órdenes y congregaciones religiosas femeninas llegaron a Chile

por explícita petición del gobierno, para hacerse cargo de diversas labores de beneficencia: hospitales, casas de expósitos, correccionales de mujeres, etc. En particular destaca la predilección del obispo por las Hijas de María Auxiliadora: no en vano a su muerte estas religiosas consiguieron para su convento la reliquia del corazón de su querido benefactor.

Sánchez Gaete aporta muchos detalles sobre el tránsito y los funerales de León Prado, tanto en Linares como en Santiago, Talca y San Miguel. Como colofón, el autor escoge un texto de un artículo de periódico de Rafael Maluenda, amigo del difunto obispo aunque no seguidor de sus ideas. Allí se le describe con un sacerdote de la iglesia “militante”, en contraposición de la iglesia “contemplativa”, lo cual pensamos denota la falta de criterio teológico en el periodista, pero su fuerza retórica sirve a Sánchez Gaete para subtítular su obra definiendo a León Prado como “Sacerdote de una iglesia militante”. Cierra el libro una selecta bibliografía. Hay que destacar la cuidada edición y la presencia de abundantes fotografías que dan un testimonio visual que enriquece al texto. Además el autor ha realizado numerosas tablas explicativas que dan más relieve a la comprensión.

El contrapunto que podemos hacer a este valioso trabajo es quizás la falta de equilibrio entre la parte narrativa y las muy numerosas extensas y minuciosas citas de las fuentes en el cuerpo del texto; pensamos que muchas veces estas citas podrían haber sido encauzadas al pie de página o a eventuales apéndices documentales, para no entorpecer la lectura. Nada de esto quita mérito al documentado estudio de Sánchez Gaete, que se constituye no sólo como una presentación biográfica, sino también un nutrido arsenal de datos sobre una gran figura del clero chileno, muy reveladora del mundo católico a caballo entre la pérdida del estado pontificio y la crisis de la modernidad del periodo de Entreguerras.

L. MARTÍNEZ FERRER

M. SCHLAG, *The Business Francis Means. Understanding the Pope's message on the economy*, Catholic University of America Press, Washington D.C. 2017, pp. 196.

EL propósito de este libro es explicar las enseñanzas del Papa Francisco para la empresa y la economía, desafío no exento de dificultades y de riesgos, dados los prejuicios y la desinformación actuales respecto a la figura del Papa, pero Martin Schlag afronta de manera adecuada el desafío entregando una visión constructiva, contextualizada y completa de este mensaje moral. Al escribir este libro el autor tiene en mente de manera especial a los católicos y cristianos estadounidenses

que en general se sienten más cómodos con Juan Pablo II y Benedicto XVI, que son conservadores en las cuestiones doctrinales, pero que a la vez quieren llevar a cabo la exigencia del Evangelio de servir a los pobres (p. viii). Este enfoque se pone de manifiesto en que, a veces, aborda temas que generalmente son ajenos a los cristianos de cultura anglosajona para explicar una visión concreta del Papa; otras veces se esfuerza por *traducir* algunas posturas del Papa en los términos de las problemáticas propias de los integrantes de esta cultura. De todos modos, la claridad de la exposición hace que el contenido sea recomendable para todos quienes estén interesados en conocer y profundizar en el mensaje del Papa Francisco para la empresa y la economía.

El tema se aborda desde una perspectiva pastoral y no técnica, en este sentido, el autor mismo reconoce no ser experto en economía sino teólogo, aunque cabe decir que posee buenos conocimientos sobre la empresa y la economía. Esta perspectiva responde también al hecho mismo de que la enseñanza del Papa es pastoral: Francisco no se ha propuesto realizar definiciones dogmáticas de alta precisión teológica, sino llevar la fe a los hombres de nuestro tiempo; quiere mover los corazones siguiendo una *hermenéutica pastoral o de la evangelización* (p. 52). Es una riqueza para la Iglesia que los diferentes Papas aborden diversos temas con distintos énfasis y perspectivas, en esta línea es clara la diferencia en los acentos del Papa Francisco con sus predecesores, esto se nota por ejemplo en una mayor frecuencia de denuncias sociales ejerciendo la función profética (p. 10), pero se mueve siempre dentro de lo que la Iglesia ha enseñado para la sociedad a lo largo de toda su historia.

El concepto clave de la enseñanza del Papa Francisco para la empresa y la economía es la *pobreza*. Se aborda este tema en distintas ocasiones a lo largo del libro, llegando a exponerse con profundidad el verdadero sentido del concepto de pobre y de lo que supone la opción preferencial por los pobres a la que con tanta frecuencia ha invitado este Papa. La pobreza viene entendida así como categoría teológica, no sociológica; no se trata de pauperismo, sino que es una auténtica virtud cristiana. Schlag la llama «pobreza elegida» (p. 121), pues no es una pobreza material absoluta, sino que el Papa invita a un uso de los bienes que promueva un auténtico desarrollo humano y al uso de los bienes materiales al servicio de los bienes espirituales. Cuando Francisco afirma que quiere “una Iglesia pobre para los pobres” hace un llamado a que los bienes materiales estén al servicio del Evangelio, de la liturgia y de la caridad (p. 122). Esta pobreza se plantea en el mundo desarrollado como una respuesta al materialismo práctico y a la acedia que lo inundan, atrofiando el verdadero desarrollo de las personas.

El libro se estructura con un primer capítulo que considera cómo se abordan en el pensamiento católico los diversos temas sobre la empresa a los que Francisco se ha referido, poniendo primero en contexto la enseñanza del Papa. En concreto

habla sobre la propiedad privada; la riqueza y los beneficios; el mercado, el intercambio, el valor y el precio justo; y sobre las finanzas y los mercados financieros. En el segundo capítulo se explica el contexto espiritual y cultural del Papa Francisco, que es la premisa adecuada para entender su mensaje. El tercer capítulo –el más importante del libro– trata sobre el mensaje del Papa Francisco para la economía y la empresa. Y el cuarto es una reflexión conclusiva en la que se destaca la importancia de la *contemplación* para transformar radicalmente la vida social y la vida de la empresa.

Schlag plantea la necesidad de hacer una traducción o traspaso cultural (*cultural transfer*) del mensaje del Papa, lo que desde hace tiempo se conoce en la Iglesia como *inculturación*. En este proceso es necesario entender el *background* personal y cultural de Francisco para entender profundamente qué es lo que quiere decir. Las dos claves que señala Schlag es entender que el Papa Francisco es jesuita y que es sudamericano.

La pobreza ha marcado profundamente su experiencia como jesuita, pues la renovación que ha vivido la Compañía de Jesús en la segunda mitad del siglo XX ha consistido en una orientación fundamental hacia los pobres. Se puede afirmar que la enseñanza de Francisco se acerca más a la teología del pueblo que a la teología de la liberación; la categoría de pueblo viene entendida como el pueblo fiel de Dios, el fiel sencillo corriente de la calle. La opción preferencial por los pobres, que para Juan Pablo II era un elemento más de la Doctrina Social de la Iglesia y es una expresión que Benedicto XVI evitó utilizar por su conexión con la teología de la liberación, ha sido una de las notas principales sobre la que Francisco ha insistido en su mensaje social.

La dimensión cultural y socioeconómica de Latinoamérica configuran la manera en que Francisco entiende algunas nociones y realidades, que difieren mucho de cómo se comprenden en ámbito anglosajón. Por ejemplo conceptos como *capitalismo* y *liberalismo*, en Latinoamérica, por las circunstancias históricas en que se han dado, están cargados de un contenido profundamente negativo. Para valorar adecuadamente la idea que el Papa quiere transmitir sobre el capitalismo y el liberalismo, Schlag propone la diferencia que hacen Daron Acemoglu y James A. Robinson (*Why Nations Fail: The Origins of Power, Prosperity, and Poverty*) sobre economía extractiva e inclusiva, siendo las instituciones extractivas las que son criticadas negativamente por el Papa (pp. 78-82) y no el concepto mismo de capitalismo y liberalismo tal como se entiende en ámbito anglosajón. Éste es el tipo de traducción que Schlag afirma que hay que realizar para evitar malentendidos.

El capítulo tres constituye la parte central del libro. Se proponen en primer lugar los aspectos distintivos de la enseñanza del Papa Francisco sobre la economía y empresa. Se afirma, como premisa ante un posible prejuicio negativo, que el Papa no es anti-empresa, ni anti-ricos, ni anti-emprendedores, argumentando

con afirmaciones del mismo Papa (pp. 102-103). También se insiste en que más allá de que algunas observaciones de Francisco puedan parecer poco respaldadas por datos empíricos –o al menos ser bastante discutibles– es necesario hacer un esfuerzo por ir al mensaje moral que está detrás de sus pronunciamientos, pues es lo que en definitiva le interesa transmitir. Luego se señalan algunas de las propuestas a los problemas económicos que se encuentran en los mensajes del Pontífice: las políticas asistencialistas no son la solución, sino que es necesario generar fuentes de trabajo digno; se debe buscar promover una economía al servicio del desarrollo integral de la persona humana, lo que implica un nuevo estilo de vida; las decisiones empresariales se deben tomar considerando el interés social, buscando siempre el bien común. Schlag invita también a leer en positivo la enseñanza de Francisco, sin prejuicios que hagan caer en la trampa circular de querer ver lo que los prejuicios me dictan.

A modo de síntesis propone siete mensajes morales fuertes del Papa: la fe auténtica tiene una dimensión social, es decir, implica una preocupación por cambiar el mundo; rechaza la idolatría del dinero y la cultura consumista; propone la necesidad de incluir al pobre dentro de la economía de mercado, de modo principal a través de la creación de puestos de trabajo y buscando el bien común; la justicia y la solidaridad son elementos necesarios de una economía justa, pues el mercado necesita de virtudes y normas éticas para ser verdaderamente libre; la inequidad es la raíz de las enfermedades sociales –entendiendo por inequidad no las diferencias naturales, sino las desigualdades injustas–; el mercado puro no asegura la equidad, se necesita la ética –y no necesariamente el intervencionismo estatal– para que se dé un verdadero libre mercado, y en este contexto es muy importante la confianza; finalmente denuncia que la corrupción destruye la libre economía, pues actúa como un auténtico cáncer.

El libro concluye con una consideración final acerca de la importancia de la vida espiritual y en concreto de la contemplación para la empresa y la economía. Tal como señala Francisco, los problemas económicos que afligen al mundo son problemas con raíces morales, por tanto la transformación que requiere el mundo comienza en primer lugar con una conversión personal fruto de la contemplación, de mirar a Dios con una mirada purificada. Esta importancia de la contemplación no es simplemente una bella consideración, sino una realidad que se ha dado a lo largo de la historia, pues, fruto de la contemplación, buscando servir a Dios se han originado grandes cambios que han influido positivamente en la configuración del mundo. Baste pensar, por ejemplo, en la banca moderna, que surge a partir de los montepíos franciscanos.

En resumen, consideramos que es un excelente libro para comprender de manera adecuada el mensaje del Papa Francisco sobre la economía y la empresa, y que entrega los elementos para realizar una adecuada traducción cultural de las

palabras del Papa y entender así su verdadero sentido, que está en plena continuidad con lo que ha enseñado la Iglesia sobre la sociedad a lo largo de toda su historia.

B. GOLDENBERG

P. REQUENA MEANA, *¡Doctor, no haga todo lo posible! De la limitación a la prudencia terapéutica*, Comares, Granada 2017, pp. 174.

DESPUÉS de leer *¡Doctor, no haga todo lo posible!* del Prof. Pablo Requena, creo que si viniese una persona a consultarme, por ejemplo, sobre la moralidad de retirar la hidronutrición asistida a un pariente que desde hace algún tiempo está internado en el hospital, respondería lisa y llanamente: “no sé”.

No se piense que mi hipotética respuesta negativa y con algunos tintes de ignorancia se deba a la poca claridad de la exposición de Requena en su reciente libro. Es en realidad, todo lo contrario. Si mi respuesta parecería concisa y no satisfactoria es porque a ella habría que agregar, en primer lugar, un “depende” y varias otras preguntas para poder conocer con mayor exactitud las circunstancias que rodean el posible escenario que enmarca la acción “retirar la hidronutrición asistida”. ¡Ojalá pudiese darse una respuesta simple a una situación tan compleja!

Por más que la acción “retirar la hidronutrición asistida” se presente simple en su realización o ejecución material (y aunque en realidad no siempre lo sea), conlleva un sinnúmero de elementos técnicos, éticos, psicológicos, familiares, personales y religiosos que hacen de ella un procedimiento muy complejo, del cual resultará, además, la muerte del paciente, sea ésta querida directamente o simplemente prevista.

Este tipo de procedimientos exige un análisis prudencial, más o menos fino según los casos, para evitar caer en uno de dos extremos: el ensañamiento u obstinación terapéutica, por una parte o, en el abandono del paciente cuando no, en la eutanasia, por otra.

Entre estos dos polos se encuentran las decisiones y acciones referentes a la limitación del esfuerzo terapéutico (LET) que es el marco que ha elegido para su investigación el Prof. Requena: la tecnicidad y eticidad de las acciones realizadas en el contexto de fin de vida respecto al inicio de nuevos tratamientos terapéuticos o paliativos, a la continuación de los mismos, o a la suspensión de un determinado tratamiento por ser considerado fútil dadas las circunstancias particulares y concretas en las que se encuentra el paciente. De allí que en vez de llamarla “limitación”, prefiere el término “adecuación”, que no siempre será, estrictamente

hablando, terapéutica por no estar ordenada a la cura del paciente sino más bien a su cuidado hasta la muerte.

Como la limitación o adecuación del esfuerzo terapéutico existe en el campo de las decisiones, que como tales llevan a la acción y, por consiguiente, al ámbito de la moral, la investigación del Prof. Requena guía al lector hacia la cumbre del libro, el último capítulo, dedicado a la virtud de la razón práctica: la prudencia, que es la que debe guiar toda decisión para que sea buena.

La decisión, y antes incluso, el consejo, sobre la retirada de la hidronutrición asistida, por ejemplo, no es cosa simple, ni algo que pueda tomarse “a la ligera”. Datos como la edad del paciente, cuadro clínico general, estado evolutivo de la enfermedad, proporcionalidad o desproporcionalidad de las curas, deseos del paciente, motivaciones o intenciones por las cuales se sugiere la retirada, en este caso, de la hidronutrición, son elementos clave que hay que tener en cuenta. Por eso, es inconcebible, y virtualmente imposible de llevar a la práctica de modo coherente y justo, aquello que en Italia, por ejemplo, es ahora ley: la disposición anticipada de tratamiento (DAT). Es virtualmente imposible, porque aunque los principios sobre los cuales se apoyan ciertas decisiones sean correctos, deben aplicarse a un caso concreto, distinto de otros, que por las circunstancias que lo rodean y los medios con los que se cuenta, exigen la intervención de la razón y no la ciega aplicación de “recetas” preconcebidas.

Para poder realizar un juicio verdaderamente prudente es importante respetar el paso de la deliberación. En el segundo capítulo del libro, el autor propone un proceso deliberativo en tres fases, el cual hace ver que la decisión sobre la LET no depende exclusivamente del médico, ni del enfermo o sus representantes, sino que resulta de la combinación de tres elementos. Las tres fases son: primero, el juicio técnico sobre la oportunidad de la medida en cuestión según el cuadro clínico del que se trate (general); segundo, el juicio técnico aplicado al paciente en cuestión (aplicación al concreto); y tercero, la decisión del paciente (o sus representantes) basado en la opinión del médico. En este contexto se percibe mejor cuánto sea importante el diálogo y la alianza entre el médico y el paciente. De allí que, como señala Vicente Bellver Capella en el prólogo, el Prof. Requena renueve el apelo a “abandonar el paradigma tecnocrático y rehabilitar la razón práctica en el quehacer médico.”

Como resulta evidente de la lectura del libro, para llegar a una decisión no basta tener buenas intenciones, conocer los aspectos biológicos de una enfermedad y su tratamiento o la consideración de los pro y contra desde el punto de vista exclusivamente técnico, hace falta la virtud de la prudencia, y no sólo en el médico, sino también en el paciente cuando éste tuviese la capacidad de decidir. La prudencia, como señala Requena, no hace bueno solo el juicio sino también a la persona que la posee como virtud.

El libro *¡Doctor, no haga todo lo posible!* no entra dentro de la exclusiva categoría médica, ni filosófica, ni teológica, sino que tiene en consideración tanto elementos de la ciencia médica cuanto de la filosofía y teología. Es un libro propiamente bioético, dirigido a un público variado. Por eso, harán bien en leerlo (y estudiarlo) tanto personal sanitario cuanto aquellos pertenecientes al campo legal y moral.

Si bien, en muchos puntos el Prof. Requena da la impresión de “quedarse corto”, como él mismo lo aclara: «lo que nos interesaba aquí era demostrar cómo la decisión prudente, que debe guiar cualquier intervención terapéutica, y por tanto, cualquier LET, requiere una información [y formación] lo más completa posible. Información que solo se podrá obtener a través de una modalidad de diálogo que tenga como fundamento un tipo de relación donde las virtudes (...) juegan un papel importante». (p. 163)

El mérito del libro es quizás aquello que puede percibirse como un defecto: su brevedad. Es un libro sucinto pero concreto y ampliamente documentado, lo que descalifica cualquier duda acerca de su seriedad.

Es además claro. Claridad que, según mi opinión, es fruto de la combinación de un profundo conocimiento técnico (en cuanto, por ejemplo, a los procedimientos y circunstancias médicas que determinan la elección de uno u otro tipo de LET) y de una ética y moral (términos usados en el libro de modo indistinto) sólidamente fundamentada. Términos y conceptos tales como “retrasar la muerte”, “prolongar la agonía”, “eutanasia”, “abandono radical del paciente”, “futilidad”, “encarnizamiento”, “principio de autonomía”, “principio de la calidad de vida”, “principio de proporcionalidad”, etc., que raramente en la literatura médica son usados de modo unívoco, son evidenciados, analizados y clarificados, sobre todo, en cuanto a la connotación ética que puedan tener. Sin claridad en los conceptos, punto de partida para una buena decisión, no se podrá arribar nunca a un juicio prudencial propiamente dicho.

Quien decida leer este libro no perderá el tiempo, sino por el contrario, lo tendrá bien aprovechado. Y si fuera el caso de un moralista, después de leer el libro no responderá apresuradamente con un “sí” o “no” la eventual pregunta espinosa sobre la moralidad de una acción en el contexto de fin de vida, sino con un “no sé, depende”, dando lugar a un proceso decisional verdaderamente prudente que resultará en un “sí” doloroso o en un “no” taxativo brindando el consuelo que trae consigo una acción virtuosa.

J.M. RANDLE